

La maldad imperceptible

Juan Manuel Guerrero

Sueño en Uppsala

Para Karina.

«Todo esto es como un sueño—dije—y yo nunca sueño.»

Javier Otálora, en el cuento Ulrica de Jorge Luis Borges

Acabo de despertarme. Todavía es la madrugada, pero la mañana ya domina el gran ventanal de mi cuarto. A través de su vidrio doble, desde mi cama, solo puedo ver una enorme arboleda hecha de una variadísima gama de verdes que en invierno deben ser blancos. Ya no puedo volver a dormirme.

Lo recuerdo todo con llamativa claridad.

Como si fuera una saga más del Flateyjarbók, nuestro encuentro con sabor a mito ocurrió a orillas del río Fyrisån.

— ¿Qué hacías?—le pregunté, aunque ya lo sabía.

— Nada especial, caminaba sola—me regaló un espacio que la realidad nunca me hubiera ofrecido.

— Como yo. Quizás podemos hacerlo juntos—me serví de la broma de Schopenhauer citada por Javier Otálora.

Caminamos. Tan solo unos pocos metros después de conocerla, supe que estaba enamorado. Hasta ese momento, yo nunca había estado enamorado.

Gracias a una de esas razones que solo tienen lugar en un sueño, pude saber que todo se definiría unas horas más tarde, a la medianoche. Sin embargo, no se trataba de esperar sin más hasta entonces, sino de darle forma de libre albedrío a ese tiempo inevitable.

Casi sin darnos cuenta, recorrimos la totalidad del Stadsträdgården. De regreso en la altura, pudimos divisar el Slott, es decir, el castillo. Era rosado, de torres amables y rellenas, digno de la más pura y fina fantasía. Ella no pudo negarse a mi desafío y corrimos hasta él. A pesar de su mejor estado físico, no pudo derrotarme, quizás porque yo era hombre o quizás porque en las utopías de ensueño el enamorado siempre triunfa.

Mientras recobrábamos el aliento, tuve la certeza de que un beso inesperado no me estaba prohibido. Me contuve porque, a pesar de la seguridad inconfundible que produce la atracción mutua cuando emerge, todavía era inaceptablemente pronto. Yo sentía conocerla desde las remotas épocas de Ýmir, pero el tiempo compartido aún se contaba en minutos.

Ella estaba sedienta, aunque no me pareció que se debiera a la carrera, sino a algo más fundamental y perenne. Sentí que lo había estado desde el momento en que nos conocimos o, tal vez, desde mucho antes, acaso desde siempre. En el centro del patio del Slott había una fuente. Bebimos, pero sobre todo ella bebió; muchísimo, como si respirara agua en lugar de aire.

Salimos del Slott y caminamos a lo largo de su parque, el Slottparken, como tantas veces debió haberlo hecho el antiguo rey Jans. La soledad que nos circundaba era absoluta y acentuaba la cercanía que crecía entre nosotros como la extensión de los días durante la primavera escandinava. Unos pocos conejos marrones, con pinceladas blancas y negras sobre sus orejas, jugaban sobre el margen izquierdo del parque.

Ella tenía la rara costumbre de enlentecer su paso hasta detenerse y enfrentarme, mientras seguíamos conversando. Tal vez no sabía que, en el sur, esa demora era una invitación a besar. Cuando llegamos al final del camino, unas campanas comenzaron a sonar. Instintivamente, busqué la Domkyrka, siempre imponente y visible, pero no pude verla. Ella se detuvo una vez

más.

Le hablé de un deseo, del parque, de la soledad, de las campanas, de mi pecho angustiado, del vano intento de contenerme. Quise besarla. Ella me detuvo: bajó la mirada y no dijo ni una palabra. Nuestra intimidad, la cual yo tanto había temido resquebrajar, se pronunció.

Una vez más, como si hubiera perdido la memoria, ella me confesó estar sedienta. La miré desconcertado durante un tiempo indescifrable.

Dejamos el parque. Una caminata con vida propia, guiada por algo superior a nuestras voluntades, nos condujo hacia el centro de la ciudad. Toda la gente que no estaba en el parque se encontraba allí. Descubrimos un bar que yo nunca había visto antes, a pesar de mi minucioso conocimiento de la ciudad. Sobre la mesada central, había dispuesta una gran cantidad de botellas de agua. Parecía como si los responsables de ese lugar ajeno a mi memoria hubieran sabido que ella y su sed llegarían pronto. Con extraña naturalidad, ella bebió con devoción y pareció llenarse de una cierta calma que creí adivinar demasiado frágil.

La noche seguía disfrazada de tarde. Frente al bar fluía el mismo río de antes. Sobre él había un delicado puente cuyos sostenes laterales disfrutaban de la compañía de infinitas flores multicolores. Fuimos hacia allí, como si buscáramos que esa imagen fuera parte de nuestro recuerdo.

En silencio, nos apoyamos junto a las flores sobre el barandal del puente. Desde esa proximidad con el aire perfumado, vimos cómo el cielo inusualmente limpio se iba apagando. Las palabras tan solo hubieran agregado imprecisión a ese momento tan diáfano como el firmamento. Nos miramos a los ojos y fue evidente que lo comprendíamos todo. Sonreímos. Quise besarla, otra vez, pero ella volvió a detenerme bajando la mirada.

Debajo de nuestros pies, el río transcurría de un modo que me recordaba al tiempo. Un poco más adelante, la corriente caía en una pequeña cascada. El canto de la caída también hacía su aporte a embellecer ese pasado que entonces todavía era presente. Más lejos, lo más inverosímil: una gran cantidad de suecos cantaban, se abrazaban y reían.

Dejamos el puente y el centro de la ciudad. Las personas, así como habían aparecido de modo súbito en el sentido inverso, desaparecieron por completo. Estábamos muy solos otra vez.

Era casi la medianoche. Mi corazón lo sabía.

Tomamos asiento en un banco recostado sobre la vereda de una gran librería. Los libros expuestos en la vidriera me resultaron inescrutables. El banco era largo y tenía una escultura que adornaba uno de los extremos; era un alce, a menos que uno se detuviera a examinarlo.

Tentado por la trampa del análisis, descubrí también que todos los elementos de esa maqueta que nos contenía padecían una sospechosa prolijidad: las baldosas de la vereda, los cordones, las luminarias, el banco, el joven árbol junto al banco, las decenas de bicicletas estacionadas; en resumen, cada uno de los objetos que nos rodeaban.

Interminables hileras de ventanas iguales nos miraban desde las fachadas de enfrente. En cada una de ellas, justo en el centro, había ubicada una lámpara encendida que proyectaba una luz tenue.

Los últimos destellos del sol todavía flotaban sobre la ciudad. La claridad moribunda desplegaba un romántico manto de cálidas sombras, cuya concepción parecía ser obra de la mismísima Freyja.

No había ni una gota de viento, todo estaba congelado. Me sentía dentro de una fotografía. El silencio también era completo. Podía escuchar las más ligeras variaciones de su voz hermosa sin ningún tipo de esfuerzo.

El frío, el eterno frío, simplemente no estaba.

Sentí que ella, a su manera nórdica, buscaba acercarse. Una vez más, quise besarla. Me detuvo, pero esta vez no bajó la mirada. El silencio se me representó como un pedido de ayuda.

— ¿Puedo saber por qué?—le pregunté, contraviniendo mis más profundas convicciones sobre cómo afrontar un rechazo—. Podés decirme ‘no me siento atraída por vos’, la razón última, y eso será liberador para mí.

Ella bajó la mirada y, como correspondía a ese suelo, pensó su respuesta.

— Otro amor—me dijo y me condenó al encierro.

— ¿Vas a besarme?—insistí en buscar una salida a tanta incertidumbre.

— Hoy no—buscó posponer esa pequeña muerte con una manzana de Iðunn. En cambio, yo sentí su respuesta como un hacha bien afilada hundida en el corazón, porque mañana es, casi siempre, demasiado tarde.

Le tomé la mano. No la apartó.

Las campanas volvieron a sonar. Era la medianoche.

A partir de ese momento, el final—la desintegración posterior al final—se aceleró como una caída libre, hasta el punto de no poder recordarlo.

Estoy solo, sentado en mi cama, mirando hacia el ventanal que multiplica los verdes. Todo fue tan inusual, tan mágico. Todo, excepto el dolor. Ese dolor fue, es y será demasiado real.

La maldad imperceptible

Para Germán.

«La misión verdadera de cada uno era llegar a sí mismo. Se podía llegar a poeta o a loco, a profeta o a criminal; eso no era asunto de uno: a fin de cuentas, carecía de toda importancia.

Lo que importaba era encontrar su propio destino, no un destino cualquiera, y vivirlo por completo. Todo lo demás eran medianías, un intento de evasión, de buscar refugio en el ideal de la masa; era amoldarse; era miedo ante la propia individualidad.»

Herman Hesse, en su libro Demian.

«¿Y acaso es posible disfrutar de la vida sin transgredir las leyes de la moral?»

Maxim Gorky, en su cuento El sacerdote de la moral.

Soy un mal tipo. Celebrarlo es parte de mi maldad. A mi favor, puedo decir que se trata de una maldad relativamente inofensiva, sutil, tal vez indescifrable. Y también, lo más importante, puedo decir que esa maldad me ha conducido a una verdad estremecedora, la cual pretendo compartir con ustedes a través de este escrito.

Para llegar a dicha revelación, se me hace indispensable darme a conocer un poco más. O, mejor dicho, dar a conocer un poco más de mi rutina.

Por la mañana, cuando me despierto, no me levanto de inmediato. En primer lugar, porque no necesito hacerlo, ya que mi trabajo me permite un horario de entrada bastante flexible. En segundo lugar, y diría fundamentalmente, porque espero a que mis compañeros de casa se despierten. Cuando suena el primero de sus despertadores, entonces sí, corro hacia el baño y lo ocupo. Lo ocupo largo y tendido. Me siento en el inodoro y doy tiempo a mis necesidades primarias, más allá de que me apremien o no. Luego, me afeito con lentitud y cuidado, atendiendo a cada detalle de mi barba; aclaro: no porque me importe de manera especial. Después, me baño con una ducha caliente y reconfortante; si es una fecha especial para mis compañeros de casa, elijo un baño de inmersión, con velas y sahumerios. Mis compañeros de casa son de lo más predecibles. Primero esperan, porque saben que no cuentan con mayores derechos que yo a la hora de ocupar el baño. Cuando ya ha pasado un tiempo suficiente, golpean la puerta; «ocupado», respondo con neutralidad, lo cual no es del todo fácil, ya que la situación suele producirme una risa intensa que, a veces, hasta encierra felicidad. Pasado otro tiempo prudencial, me piden «pasar al baño, sin mirar»; «no, ya salgo», les miento de un modo cruel. Como no salgo, comienzan a golpear la puerta y a insistir; «hay que levantarse más temprano», les respondo. Cuando la situación no da para más, ahí sí, salgo. Situaciones análogas «se generan» en relación a la cocina, la parrilla y otros ambientes comunes de la vivienda.

Por supuesto, cada vez que hacemos una reunión de compañeros de casa, esos temas son tratados en profundidad. Entonces, solo para extender el encuentro todo lo posible, ensayo explicaciones larguísimas que se remontan a mi infancia. En esas justificaciones, no ahorro conceptos psicológicos vertidos por mi terapeuta durante mis sesiones de psicoanálisis, las cuales llevan ya más de diez años. Cuando se cansan de escucharme, intentan intervenir, pero no se los permito; «yo los escuché a todos atenta y pacientemente, no les pido ni más ni menos que lo mismo, que tengan un poco de respeto para con mis palabras y me dejen redondear el punto, ya que de otro modo... ». Al final, se dan cuenta de que interrumpirme es aún más costoso que escucharme, por lo cual se resignan a tolerarme y, en el mediano plazo, terminan por no abrir muchos de los debates que, por supuesto, deberían ser abiertos.

Es importante destacar que mi accionar malicioso genera en mis compañeros de casa la necesidad de ser mejores. Deben ser más organizados, más silenciosos o más perspicaces. Deben razonar mejor y evitar dar espacio a mi maldad. Con esto no quiero decir que yo sea bueno. Soy malvado, sin dudas, aun cuando las personas no logren darse cuenta del todo. En cambio, me consideran un tanto complicado o, no pocas veces, consideran ser ellas mismas las causantes de estas situaciones en las cuales se ven envueltas cuando se relacionan conmigo.

La gran diferencia entre todos y yo —y no me refiero solo a mis compañeros de casa— es mi mayor disponibilidad de tiempo, mi paciencia de acero y mi absoluta imperturbabilidad ante las situaciones de conflicto.

Cuando por fin mis compañeros de casa han dejado la vivienda, entonces yo también lo hago. Por lo general, me dirijo al bar de siempre. No por la calidad de sus productos o por su atención, sino porque hay una mesa justo frente a una baldosa rota, con la cual una sorprendente cantidad de transeúntes se tropieza. Eso me causa muchísima gracia, especialmente cuando se caen al piso; a veces, inclusive, desparraman papeles o, mejor todavía, comidas y bebidas. A menudo, yo les dirijo la palabra cuando pasan, para acentuar la distracción y promover la caída. Si caen, corro raudo en su ayuda, principalmente para gozar del espectáculo desde un primerísimo plano. Las personas, una vez repuestas, no saben cómo agradecerme.

También me gusta ese bar porque tiene varios habitués, a quienes me encanta arrebatárles su diario favorito. Dado que son varios y cada uno tiene su preferencia, voy rotando las víctimas de un modo aleatorio, no solo para entretenerme con una variedad de rostros ofuscados, sino también para hacer del fenómeno algo inesperado. Entonces, cuando llego al lugar, identifico cuáles de los habitués no han llegado todavía y, en función de ello, elijo los diarios de los cuales voy a apropiarme. A veces, elijo más de uno e intento que sean ideológicamente opuestos, de modo que cuando el habitué viene a pedirme uno de los diarios, me disculpo por estar leyéndolo y le ofrezco el otro. Casi siempre lo aceptan, a regañadientes; con ello, mi maldad y yo contribuimos a la tolerancia política de nuestro querido país. En todo caso, una vez que tomo un diario no lo abandono hasta que el habitué se haya marchado. Esto, a veces, implica que llegue tarde al trabajo, lo cual no representa un verdadero problema, ya que gozo de estabilidad laboral. Además, molestar a mis superiores con una llegada tarde no es algo que me desagrade demasiado.

Si voy a un bar nuevo, busco uno que ocupe una gran superficie, sobre todo a lo largo. Esta preferencia se explica por mi deseo de sentarme lo más lejos posible de la caja, de modo tal que el camarero deba recorrer una gran distancia para atenderme. Por supuesto, el desgraciado no puede saberlo. Cuando se acerca por primera vez, le comento con la mayor amabilidad que estoy esperando a un queridísimo amigo y que, por lo tanto, le agradecería muchísimo si pudiera, por favor, volver en unos minutos. La escena se repite dos o tres veces. Cuando el camarero se rinde, entonces lo llamo, le comento con pesar que mi queridísimo amigo no podrá apersonarse y procedo a hacerle algunas preguntas de lo más razonables, las cuales exceden el menú y exigen una respuesta de la cocina. El camarero va, pregunta y regresa con una información que, por lo general, me resulta insuficiente. Todo parece de lo más natural y, muchas veces, los camareros no saben cómo disculparse por sus imprecisiones. Yo los tranquilizo y, al final, ordeno. Durante el servicio, los llamo varias veces y, además de destacar la calidad de la atención, les transmito nuevas inquietudes o requerimientos.

Debo admitir que, además de maldad, poseo una admirable capacidad lógico-matemática, la cual me permite actuar con una gran coherencia. Las personas sienten las consecuencias de mi

mala intención, pero bajo ningún punto de vista pueden endilgarme una responsabilidad, ni siquiera ante sus propias conciencias. Algunos pocos, los más inteligentes, sospechan que algo extraño ocurre conmigo. Yo, a su vez, puedo percibir que lo perciben, así que por lo general me alejo de ellos. Me gusta molestar a la gente, no complicarme la vida.

Una vez que he terminado con el desayuno, voy en busca de mi automóvil. El tránsito de la ciudad es tan desordenado que seguir las reglas puede significar una verdadera tortura para el resto de los automovilistas. Por eso, a pesar del intenso tráfico, dejo pasar a cada uno de los peatones que se me cruzan, respeto cada uno de los colores amarillos del semáforo y cedo el paso, sistemáticamente, a otros automovilistas en cada una de las esquinas. Este último caso me genera no pocos conflictos internos, ya que la molestia que les genero a quienes vienen detrás se ve compensada por el alivio de aquellos a quienes cedo el paso. Así es la vida, a veces no resulta posible mortificar a todo el mundo a la vez y se vuelve inevitable elegir a los perjudicados. En todo caso, bajo ningún punto de vista les facilito el paso a los vehículos que vienen detrás. No es tan fácil evadirme a mí ni a las leyes. Nadie, por supuesto, tiene el más mínimo derecho a hacerme un reclamo. Algunas veces, veo a través del espejo retrovisor cómo los automovilistas se indignan y gesticulan violentamente con los brazos: los abren, golpean el volante o se agarran la cabeza, mientras se quejan ante un copiloto imaginario. «¡Abuelo!», han llegado a gritarme; yo he sonreído y he mostrado el pulgar arriba, como forma de reconocer la ocurrencia, pero sobre todo de bloquear la buscada descarga. Por supuesto, no soy tan purista y puedo abandonar el bando de la ley cuando la situación lo amerita. Por ejemplo, si el tránsito está demasiado paralizado y comienzan a escucharse bocinas, me sumo con determinación e intensidad, dejando la bocina presionada sin pausas, tan solo para sumar estrés a los automovilistas atascados.

Como cualquiera puede imaginar, el trabajo es un gran lugar para desplegar mi maldad. Cuando llego, no saludo al guardia de seguridad, ya que he notado que mi indiferencia lo fastidia particularmente. Omitido el guardia, me dirijo al ascensor y espero todos los turnos que sean necesarios para subirme solo. ¿Por qué? Porque me deleito con el exquisito momento en el cual estoy solo dentro del ascensor y otra persona viene corriendo con la intención de llegar a tomarlo. Yo reacciono de modo exagerado y presiono el botón «cerrar» muchas veces, todas las que puedo. Si la persona llega, cree con ingenuidad que ha podido tomar el ascensor gracias a mí, así que me lo agradece. Si no llega, le ofrezco una profunda cara de «lo intentamos» y, una vez cerrada la puerta, me marcho sonriente hasta el piso de mi oficina.

Mi jefe casi nunca me reclama por mis llegadas fuera de horario. En primer lugar, porque no le interesa, ya que no es su dinero el que está en juego. En segundo, porque cuando lo ha intentado se ha expuesto a mis interminables argumentaciones, una situación ya descrita que cualquier persona en su sano juicio desea evitar.

El trabajo que realizo es irrelevante para todos, excepto para el pobre ciudadano que ha iniciado el trámite. Ese pobre diablo nunca llegará a conocerme, no tendrá medios para quejarse y, a la larga, aprenderá a conformarse con esperar. Dado que el único incentivo para avanzar es mi voluntad, el procesamiento de las fichas avanza con enorme arbitrariedad y lentitud. Es mi exclusiva decisión cuántas fichas hago por día y, más importante, cuáles. Por ejemplo, hay fichas que pospongo porque el nombre del ciudadano en cuestión me desagrada; o trámites que cancelo porque hay un campo (quizás de escasa importancia) sin completar; entonces, el trámite vuelve a cero y debe volver a comenzar.

Mis compañeros de trabajo han aprendido a evitarme, lo cual es una ganancia general, ya que a mí tampoco me interesa interactuar con ellos.

También tengo subordinados. Gracias a ellos, he descubierto algunas aristas sofisticadas sobre mi maldad. Aunque sea difícil de creer, hay en ella cierta grandeza, ya que no la despliego especialmente con mis subordinados, sino que la distribuyo de un modo democrático entre todo el organigrama de aquellos que se relacionan conmigo. Es como si el orgullo y la maldad, por lo menos en mí, fueran dimensiones que se desenvuelven de manera independiente.

Cuando salgo del trabajo, por lo general, voy a la universidad. Puedo hacerlo gracias a mi tiempo libre y a la gratuidad del sistema. No tengo ningún interés en obtener un título, sino más bien en participar de las clases con preguntas incómodas o intervenciones interminables. «No sé, pero me opongo» es mi ideología en ese antro. Eso implica, casi siempre, adoptar posiciones de la derecha más rancia, para sostener tensas discusiones con las interminables hordas marxistas que pueblan la universidad. En la biblioteca, me esmero en pedir libros que no existen o sobre temas que nada tienen que ver con la casa de estudios. También, es cierto, disfruto de complicar el trabajo administrativo del personal no docente; debe admitirse, eso sí, que esto encierra un ponderable acto de justicia.

Ya de regreso en casa, me preparo la cena. En la medida de lo posible, intento generar un último conflicto con mis compañeros de casa antes de irme a dormir, sobre todo para entorpecerles el sueño. Como parte de mi queja, nunca dejo de mencionar que «he tenido un día difícil» o que «ya no estoy para tolerar este tipo de cosas». Si hay gritos, llantos y portazos, tanto mejor.

Ya recostado en mi cama, repaso los acontecimientos del día y me duermo apacible, repleto de tranquilidad, como un ángel.

¿Me siento orgulloso de mi maldad? No diría que tanto, tan solo la acepto en plenitud. Más todavía: me acepto en plenitud, sin culpas, como lo haría un verdadero lobo estepario.

Mi familia, en cambio, no me acepta tal cual soy. Es por eso que ha decidido financiar la terapia psicológica de la cual hablé con anterioridad. Yo he aceptado la propuesta, sobre todo para dejar en evidencia la futilidad de semejante proyecto e incrementar al máximo los niveles de frustración de mis queridos padres y hermanos.

Mi psicólogo no sabe que la terapia es financiada por mi familia. Sin dudas, este secreto encierra la llave que, por ignorarla, le impide salir del desconcierto. «¿Por qué este sujeto viene a perder el tiempo y, encima, paga por hacerlo?», estoy seguro de que se pregunta cada vez que termina mi visita. Si llegara a descubrir que mi familia es quien paga por sus servicios, entonces yo mismo decidiría comenzar a pagarle de mi propio bolsillo con tal de no darle la satisfacción de entender.

Amigos, no, no tengo. ¿Quién podría querer un amigo como yo? Y, más importante, ¿quién como yo podría querer un amigo?

¿Novias? Menos.

En cambio, sí tengo lectores, pues también soy escritor. Con ellos también me divierte jugar. Por ejemplo, me encanta prometerles una verdad estremecedora que parece no llegar nunca. Extender la cuestión con párrafos entretenidos y prometedores que, sin embargo, no conducen a nada. En el último párrafo, el escenario más temido se hace realidad: no hay verdad alguna, todo fue un engaño. En ese momento, los lectores se sienten unos tontos por haber confiado en un mal tipo. Y, aunque les duela, lo son. Entonces, se deciden a abandonar el escrito, indignados. Y en ese punto ocurre la magia mayor, la maldad suprema: sí había una verdad estremecedora después de todo. O, tal vez, no.

Sucesión de despertares en una ciudad desconocida

De vez en cuando, me despierto en una ciudad diferente a la mía. Sucede de un modo que parece ser aleatorio. No estoy seguro de que sea siempre la misma ciudad. Algunas veces, estoy seguro de que lo es, pero con variaciones. Otras, tengo la seguridad de que son ciudades distintas, pero hermanadas por un hecho reiterado y fundamental: mi desconcierto.

De cualquier manera, la sensación al despertarme suele ser más o menos la misma. Abro los ojos y veo una habitación extraña: una cama más grande, colores que nunca elegiría, demasiados dispositivos electrónicos, entre muchos otros detalles sin importancia. Pero lo que más llama mi atención no son esos pequeños rasgos ajenos, sino la singular dinámica que adquiere el tiempo.

Para comenzar, no hay despertador. El regreso a la conciencia ocurre plácido y natural; tan solo escucho algunas aves lejanas, piando con tranquilidad. Tampoco tengo prisas, pero no porque carezca de tareas pendientes, sino porque mi cuerpo trae consigo la inercia de una distensión infrecuente pero segura. Una despreocupación que no sabe de principios ni finales y me retrotrae a la infancia, cuando las distancias de tiempo parecían interminables. Entonces quedo tendido en la cama, en paz, hasta que siento unas casi olvidadas ganas de levantarme.

Al principio, el temor era mayor, pero con el tiempo aprendí a sobrellevar la rara sensación de despertarme en otro mundo. Podría decir que ya no me sobresalto. Tan solo me siento invadido por el asombro.

Cuando ya estoy levantado, dejo la habitación y me pierdo en un departamento que, a grandes rasgos, me resulta ajeno. Con esa impresión, deambulo hasta encontrar el baño. Una vez allí, me miro al espejo y lo confirmo: soy yo. Todo es muy claro, como si no se tratara de un sueño. Me lavo la cara y busco despabilarme con la instintiva necesidad de comenzar a entender.

La sed de comprensión permanece insatisfecha, porque no hay manera razonable de explicarlo.

De regreso en la habitación, me visto. La ropa es la de siempre. Ya vestido, busco la cocina. En el camino, mientras miro las paredes y las puertas al final del pasillo, tengo la seguridad de no conocer el departamento, aunque me transmite una sorprendente familiaridad, como si efectivamente hubiera vivido allí durante meses pero no pudiera recordarlo.

Cuando encuentro la cocina, abro la heladera: está vacía. No hay vez que no espere otra cosa, ni que pueda evitar la decepción. La necesidad de un desayuno me empuja a salir y eso, aunque no lo parezca, es una buena noticia.

Traspaso la puerta de entrada y desciendo por la escaleras. Me pregunto cuántos pisos tendré que bajar. Por suerte, son solo dos. Salgo del edificio.

Estoy parado en una calle que nunca he visto. Contemplo mi alrededor y, luego de muchos años, vuelvo a sentirme un niño. No tengo noción de dónde estoy, ni a dónde ir, ni por qué. Está fresco, pero el sol, como un padre, me ofrece unas caricias contenedoras. Las recibo con placer, dispuesto y sin apuro, mientras cierro los ojos y se me escapa una sonrisa. Tomado por sorpresa y sin siquiera haberlo imaginado, me doy cuenta de que en ese momento soy feliz.

Sin abandonar la serenidad, parado y de cara al sol, comprendo que mi extravío me libera. No tengo ubicación, ni razones. No conozco a los demás, ni quiero conocerlos. Nadie me espera, ni me reclama, ni me necesita. No tengo obligaciones. No tengo nada que hacer.

Cuando el sol es suficiente, camino a la deriva buscando un café donde pueda desayunar.

Lo encuentro. Es pequeño y cálido, con mesas y sillas sólidas, de madera. Está sobre una calle poco transitada y silenciosa. Me siento con la mayor tranquilidad. Es algo que siempre quiero hacer en mi propia ciudad, pero por alguna razón nunca lo hago. Siempre estoy tan ocupado, tan intranquilo.

Nunca leo diarios, pero pido uno. El mozo me ofrece uno cuyo nombre desconozco; aun así, lo acepto complacido. Lo ojeo como si esos títulos condenados a desaparecer me importaran. A pesar de mi desprecio por esas noticias irrelevantes, lo disfruto. En verdad, más que el diario, saboreo el momento de parálisis (o elongación) del tiempo. Todavía podría ser mejor: si hubiera un mañana, me llevaría un libro para leer.

Como no tengo horarios, me quedo en el café. Me doy cuenta de que muchos otros también lo hacen, aunque da toda la impresión de que esta sí es su ciudad. Y de que esas sí son sus vidas. Mi libertad excepcional es, para ellos, una costumbre accesible; más todavía: una normalidad.

Salgo de la cafetería. Me paro y miro a mi alrededor. Siento que todo es posible. Cierro los ojos y me entrego a la frescura de esa licencia inesperada. Vuelvo a caminar sin rumbo, esta vez por el centro de la ciudad. Lo hago durante un largo rato hasta que encuentro una librería. Entro.

La librería es un oasis dentro del oasis. La temperatura es más baja, como cuando se entra a una caverna. Lo mismo ocurre con la sensación de quietud. Y con el silencio. Me remite a la idea de pasado. Pero estas son solo sensaciones, literarias si se quiere, de ningún modo comparables con la indemostrable realidad de despertarme en otra dimensión.

Sin necesidad de paciencia, reviso cada uno de los estantes repletos de libros viejos y sucios. Compró algunos clásicos, aunque no sé bien para qué, ya que probablemente se desvanezcan junto al resto de la experiencia.

Me acerco al mostrador, donde hay un hombre leyendo. Parece eterno. O, casi lo mismo, parece ser tan viejo como los libros que vende. Su forma de ser habla de una plena pertenencia mutua con la librería.

El hombre que supongo librero revisa los libros que voy a comprar con una lentitud inagotable. Los limpia con un pequeño trapo y les pone un señalador con injustificada dedicación. Yo no me inquieto. Por el contrario, aprovecho esa ventana de tiempo suspendido para hacerme muchas preguntas.

¿Por qué no hago esto en mi ciudad? ¿Por qué necesito del extremo de una vida en blanco para dedicarle tiempo a estos pequeños placeres? ¿En qué momento renuncié a mis deseos más simples y puros? ¿Cuándo fue que la vorágine me arrastró a sus condiciones?

El hombre termina y me entrega los libros. Sin decir palabra, vuelve a sentarse y retoma su lectura. Nunca me reclama el dinero (ni siquiera da la impresión de esperarlo), pero se lo dejo sobre el mostrador. Vuelvo a salir a la calle.

El sol me sigue acompañando. Consulto mi reloj, pero no lo tengo. Pregunto a un caminante: no ha pasado tanto tiempo como me imaginaba. Apenas llego a esa conclusión, me doy cuenta de que es inútil y extemporánea. Semejantes consideraciones pertenecen a mi ciudad, no a esta.

Compró una ensalada, voy a comerla al parque. Miro las flores, los árboles y las personas. Miro la calle: los autos me molestan, pero no tanto como siempre.

El resto del día transcurre de un modo similar que ya no necesita ser descripto.

La sucesión de despertares en la ciudad desconocida me conduce a una sutil sabiduría. De a poco, con cada despertar, voy abandonando la búsqueda de explicaciones. En cambio, me entrego al sencillo goce de la experiencia extraordinaria. Inclusive, comienzo a desear que el

fenómeno no se esclarezca nunca.

La noche y el final se estacionan en mi cuarto. Me duermo tranquilo.

De regreso en mi ciudad—y en mi vida—me resulta imposible la continuidad.

El viaje en el espacio (y en el tiempo) me interpela. Abre ventanas e interrogantes. Me empuja a enfrentar mis rutinas, mis deseos y mis miedos, como si fuera una buena historia, un buen libro o una buena obra de arte.

Los amantes recurrentes

Para Mara.

Ella se fue. Su ausencia es dolorosa, casi tanto como lo era su presencia indefinida. La partida es indeseada, pero trae cierta conveniente calma a mi vida. De a poco, el tiempo vuelve a transcurrir con normalidad. Puedo dormirme sin angustia. La noche, que le había pertenecido, es ahora un gran espacio vacío. Sumido en él, me resulta fácil el recuerdo.

Me sirvo una medida de whisky y me acerco a la ventana.

Arriba, impera la luna llena. Una interminable corte hecha de estrellas la acompaña; son tantas y tan hermosas. No hay nubes.

Abajo, los veo llegar desde la calle. Vienen acompañados por una silenciosa tensión. Se paran frente a la puerta. Él no encuentra la llave. Ella mira los alrededores, tal vez con cierto nerviosismo.

Ninguno de los dos puede verme.

Él se ve calmo y decidido. Viste una remera, un jean y unas zapatillas, como casi siempre. Parece confiar, quizás demasiado, en lo invisible.

Ella es sus propios ojos chispeantes. Una batalla parece librarse en su interior. Es más joven, pero sobre todo es sensual. Viste de negro; luce aros, collares y anillos. No busca seducirlo: simplemente no puede evitarlo.

Entran a la casa de ventanas amplias y abiertas.

Ella impone una distancia. Recorre el lugar sin prisa y examina cada uno de los objetos que ocupan el espacio. Se detiene con particular interés en los libros. Hablan de ellos; esa conversación la complace.

Él se ubica de pie en un rincón. Desde allí, le cuenta detalles sobre los aspectos de la casa que a ella le interesan. Mientras lo hace, abre una botella de vino y sirve dos vasos.

Se sientan a la mesa y conversan. Él la siente demasiado lejos, así que se mueve a una silla más cercana. Tras varios minutos, ella sale a fumar. Él se acomoda en el sillón amplio y la mira. Ella vacila cuando regresa; se acomoda un momento en el sillón, pero luego lo abandona. La rotación de lugares y posiciones continúa. Giran alrededor de un eje invisible, mientras se buscan con paciencia y rigor. Se atraen y se rechazan desde diferentes aristas. Bailan un tango sutil mientras conversan y beben.

Él desborda de deseo, pero se contiene. No quiere presionarla.

Una parte de ella está dispuesta a todo, pero otra más fuerte y subterránea la mantiene sujeta.

Como siempre, el tiempo exige definiciones. Él se acerca y busca besarla. Ella accede, pero con una pasividad tan completa que parece indiferencia. Se besan durante unos minutos, pero él no logra desatar las cadenas interiores que la aprisionan. O tal vez ella no quiere besarlo pero, por algún motivo indescifrable, lo hace.

Esa es la desabrida culminación de la noche. A partir de ese clímax, la tensión cede y ella comienza a alejarse. Él es incapaz de contener la sangría. Ella se convence de que lo mejor será irse. La excitación expectante se vuelve frustración. La conversación continúa, pero es tan solo una formalidad, un camino amable que conduce a la despedida.

Los dos dejan la casa y se pierden en la oscuridad de la noche.

Triste desenlace, pienso.

Decido que mi día también debe terminar. Así pasa la noche reparadora. También pasan la mañana apacible y la tarde amarilla. Preparo la cena con algún placer y la vivo con nostalgia. Cuando termino, la vela se ha consumido del todo.

Me sirvo una medida de whisky y me acerco a la ventana.

Arriba, la luna está casi tan llena como ayer. El millón de estrellas apenas está empañado por unas pocas nubes que se mueven con rapidez.

Abajo, escucho voces. Son ellos. Llegan desde la calle. Vienen acompañados por la misma silenciosa tensión. Él no encuentra la llave. Ella vuelve a mirar el entorno con cierto nerviosismo. Visten llamativamente igual que un día antes.

Ellos nunca pueden verme.

Él está igual de calmo y anhelante. Ella mantiene intacta su sensualidad. Entran. Ella vuelve a recorrer el lugar como si fuera la primera vez. Él la mira, ardiente, desde la quietud del mismo rincón. El tango está a punto de comenzar.

Sin embargo, a partir de ese instante, la escena se modifica; no es tan imborrable como la primera, pero todavía es real. La danza seductora se repite, aunque la música es otra. Él se muestra más decidido desde el comienzo. Ella claro que lo nota y reacciona alejándose. La tensión se sostiene en ese nivel. La resolución es la misma, aunque llega más rápido.

Él la besa, ella accede, pero el beso está vacío.

El encuentro colapsa. La conversación continúa—debe continuar—pero se va desangrando hasta morir. Juntos, dejan el lugar y se internan en la noche.

Triste desenlace, pienso una vez más.

La noche, la mañana, la tarde y la cena vuelven a consumirse.

Me sirvo una medida de whisky y me acerco a la ventana.

Arriba, puedo ver la luna llena limada por uno de sus bordes; envejece. La gran inmensidad estrellada está dañada por un puñado de nubes.

Abajo, escucho sus voces. Ya no me sorprenden. Llegan desde la calle, los acompaña la silenciosa tensión, él no encuentra la llave y ella mira en derredor. Visten igual.

Entran. Ella vuelve a examinar el lugar por primera vez, él vuelve a mirarla con deseo ferviente. El tango comienza.

La música (y, entonces, la danza) vuelve a cambiar. Él abandona su rincón y busca acercarse a fuerza de caricias. Ella no reacciona. Él se siente morir de impotencia frente a esa muralla que le es inexpugnable. Sabe—puede sentirlo—que ella guarda sentimientos, pero no puede alcanzarlos. No se rinde, no retrocede.

Él la besa, ella accede, pero el beso sigue estando vacío. La velada se desmorona.

Triste desenlace.

Las casi veinticuatro horas pasan. No podrían no hacerlo.

Me sirvo una medida de whisky y me acerco a la ventana.

Arriba, solo nubes. A la luna y a las estrellas solo puedo adivinarlas.

Abajo, llegan desde la calle. Todo es igual. Entran. Bailan tango.

El beso es vacío.

Triste.

La escena vuelve a sucederse, noche tras noche.

Arriba, el cielo busca en vano agotar las infinitas disposiciones de la luna, las estrellas y las nubes. La luna decrece hasta morir, para luego renacer desde la oscuridad. No siempre puedo verla, porque las nubes juegan a esconderla. Las estrellas ocupan el resto y, de tantas, me parecen

un universo.

Abajo, en cambio, sucede siempre lo mismo, exactamente lo mismo, excepto por el color del baile que altera una pintura gris que insiste en el regreso.

Así avanza el futuro, al ritmo del tango, el beso vacío y el triste desenlace.

Una noche, sin embargo, se produce un quiebre profundo en la historia.

Todo se repite, como siempre. Están sentados sobre la cama. Como cada noche, él la besa, pero en seguida se detiene. Se pone de pie, apaga la luz principal—es demasiado brillante—y regresa. Se arrodilla en el piso frente a ella y la atrae hacia él. Ella accede a abrazarlo con las piernas. Quizás por azar, quizás por destino, ese acercamiento que nace de dos rodillas en el suelo la libera. El beso, por fin, rebalsa.

Esta noche, el desenlace no es triste ni ellos dejan la casa. Cuando por fin se duermen abrazados, yo dejo mi vaso de whisky junto a la ventana y también me entrego al día de mañana.

Las noches no vuelven atrás. A partir de ahora, se parecen a la última. Y se vuelven menos y menos imborrables.

Arriba, la luna, las estrellas y las nubes se combinan de tantas formas que pierdo el registro; se me hacen iguales.

Abajo, el mismo baile inicial desemboca siempre en los amantes sentados sobre la cama. Él la besa, apaga la luz demasiado brillante, se arrodilla frente a ella, la atrae, ella se libera y hacen el amor.

La variación no desaparece, sino que se traslada al momento en que se aman.

Las noches que siguen son incontables repeticiones del ritual de seducción. Se despliegan hasta el momento del beso. Luego, divergen y las aventuras del encuentro amoroso son diferentes. Cada noche, con pasión y lentitud, los amantes recurrentes exploran nuevos modos de amarse. No hay prisa; sienten que las noches compartidas no terminarán nunca.

Pero las noches compartidas siempre terminan. En la última de ellas, la historia vuelve a quebrarse de un modo que comprendo definitivo. Es el final.

Arriba, veo el cielo totalmente negro. No hay luna, ni estrellas. Ni nubes.

Abajo, escucho las pisadas de un hombre solo y triste. No necesito el whisky ni la ventana para saber que es él. Se para frente a la puerta. Encuentra la llave y entra. Prepara la cena. Come hasta que la vela se consume. Le resulta fácil el recuerdo. Inmediatamente después, hace esas dos cosas.

Mi tía es un vampiro

Quiero mucho a mi tía. Eso no impide que, hace tiempo ya, sospeche que es un vampiro.

No es fácil llegar a una conclusión definitiva sobre el tema. Ella no parece estar muerta, ni siquiera no-muerta. No tiene colmillos afilados ni se viste con capas negras. No vive en Rumania o Hungría, ni en un castillo, sino en un modesto departamento ubicado en el centro de Córdoba, no lejos de La Cañada, donde lleva una vida apacible y solitaria. Debo mencionar que en el pasado se ha desempeñado como abogada, lo cual no me tranquiliza.

Su cuerpo es mucho más que humanoide, es completamente humano. Lejos, lejísimos, está de ser como un penanggalan, ni nada que se le parezca. La cabeza es pequeña y las caderas anchas, siguiendo la línea genética de su madre. Tiene, es cierto, una tez muy blanca, pero se debe fundamentalmente a que es pelirroja. La piel es frágil, proclive a las manchas verdes ante un golpe o una fricción, pero bajo ningún punto de vista diría que es brillante. La nariz, redondeada y distinguida, tiene los dos orificios. Los labios no son demasiado rojos y por lo general se los pinta para salir, como lo hace con el resto de su rostro, lo cual la vuelve más rozagante y mascarada. La lengua no es filosa ni tiene agujijones, aunque es bastante corta; no es negra, como la de un churel, sino rosa como la del resto de los mortales. Las uñas no son ni largas ni duras, aunque tampoco del todo normales, ya que con frecuencia debe visitar al pedicuro, quien nunca ha planteado interrogantes sobre ella, sino tan solo alguna que otra queja sobre su impuntualidad y su tendencia a la excusa.

Su vestuario es variado, sobrio y conservador. Como excepción, puedo mencionar una remera liviana, original y color beige de Los Ramones, a quienes no estoy seguro si conoce. No parece tener preferencias por el color verde, como las baobham sith o los langsuir.

Su estilo de vida dista de ser sano y eso me preocupa. Fuma. Lleva una vida sedentaria, alejada del ejercicio. Con dificultad, logro convencerla de que camine un rato cada día. Tiene muchísimos libros y asegura haberlos leído todos. Eso me resulta inquietante, no tanto por el imposible tiempo que eso debe haberle demandado, sino por la insoportabilidad de los autores. Cuando no lee, mira una programación televisiva no menos decepcionante. En cuanto a la comida, no tiene entre sus prioridades una dieta saludable. Prefiere el placer directo que le proveen el café y las comidas cargadas de sal o azúcar. Tiene especial debilidad por la torta rogel, algo ante todo comprensible. El ajo, lejos de espantarla, la atrae. Diría que lo consume en exceso, al igual que la mayonesa. Compensa semejante desorden alimenticio con medicación en forma de pastillas, de variado tamaño y color. Las toma por la noche y, si no tiene los anteojos cerca, las tantea y elige guiándose por el tacto, a pesar de mis advertencias. Lo sé, no es una imagen precisamente aterradora para alguien que podría ser un vampiro.

En el plano religioso, se define como cristiana no practicante, una forma amable de decir que la religión no le importa demasiado. El agua bendita y los crucifijos no le resultan insoportables, a pesar de sus más que razonables críticas a la institución eclesiástica. Cuando se refiere a dios, lo hace llamándolo El Barba.

Con disimulo, he confirmado que puedo verla en los espejos. Tiene varios y los cuida con celo. Cree que romperlos acarrearía una enorme mala suerte, sobre todo por cómo han subido de precio durante los últimos años. Su sombra parece funcionar con normalidad y sigue siempre los movimientos despaciosos de su figura. Todo indica que posee, efectivamente, un alma humana.

Como a toda mujer mayor de la ciudad, los murciélagos y los lobos la aterrorizan. No más

que cualquier otra manifestación de la naturaleza, como un ratón o una cucaracha. Peor, pero sobre todo diferente, es su reacción cuando le menciono a los hombres-lobo. Junto al terror se despierta en ella un sentimiento que me recuerda al desprecio.

Cuando mira una película, se sobresalta ante las escenas sangrientas. Más que el deseo de sangre, o La Bestia habitándola, su reacción me sugiere un miedo instintivo y corriente. Lo mismo ocurre ante episodios en los cuales el elemental líquido rojo se presenta en vivo y en directo. No hace mucho, un choque de ciclistas y un poco de sangre derivaron en una ambulancia para ella, debido a una baja de presión pronunciada.

No tiene demasiada fuerza ni es muy veloz, como cualquiera esperaría de un vampiro. De hecho, debido a su edad y a su escasa ejercitación, se agita con relativa facilidad. Le cuesta bastante, por ejemplo, mover las sillas del comedor o abrir una botella de soda. Su bastón, hipotéticamente, podría encerrar misterios o significados ocultos, pero no, es un bastón común y corriente, de ébano o nogal. Más que para sostenerse, lo utiliza para mover cosas mientras está sentada o para avanzar en las filas del banco.

Su capacidad de ofuscación (en su significado menos popular) es directamente pobre. Por el contrario, es bastante distraída y ruidosa. Pésima manipuladora, lo último que genera entre sus allegados es temor. Su corazón es ingenuo y dorado. Estoy seguro de que hay quienes se aprovechan de su nobleza. Y de que pronto pagarán por ello.

Las heridas físicas las sufre con normalidad. Si se corta el dedo con un cuchillo, insulta y se lo chupa, como cualquier persona razonable. Más de una vez la he visto pucherear. Cuando ha llorado, sus lágrimas no han sido de sangre. La cicatrización ocurre en los tiempos previstos por la naturaleza, siempre que una infección no retrase el proceso. Estas observaciones me han llevado a descartar, o al menos posponer, cualquier tipo de experimento con palos o armas de fuego (evitando siempre, por supuesto, estacas en el pecho o balas de plata).

Las heridas espirituales también las sufre humanamente.

En otro plano, he podido comprobar que no padece aritmomanía, es decir, la obsesión neurótica de contar, históricamente atribuida a los vampiros. Tras arrojarle un puñado de arroz —la prueba más clásica en la materia—, ignoró los granos, montó en cólera y me arrojó un bastonazo.

La verdad es que parece ser un ser inofensivo. Ni siquiera tiene el limitado propósito de molestar a la gente, como el famoso vampiro Cuntius.

¿Por qué sospecho, entonces, que es un vampiro?

Tal vez porque vive casi aislada, entre la soledad y la penumbra. Sus amigas más cercanas llaman El Nicho a su departamento, una ocurrencia tan cargada de precisión como de crueldad. Un gato negro merodea la puerta del edificio cada vez que llego o me voy, aunque aparece exclusivamente cuando estoy solo. Ella dice que se llama Negro y que pertenece al vecino, Coco.

Siempre tiene las manos frías y encuentra un particular placer en sostener objetos calientes; por ejemplo, una taza de café. Su mirada es honda, como ancestral o primaria. Su pelo es inusual, con una melena puntiaguda al estilo de Oliver Atom, aunque no es verde ni rosa. No tiene, eso hay que decirlo, pelo en las manos ni en los tobillos. Tampoco orejas buidas, aunque el tamaño diminuto sí resulta sugestivo. Las ojeras, pronunciadas.

Sus hábitos son marcadamente nocturnos. Desarrolla su módica actividad solo desde el atardecer. Nunca la he visto irse a dormir antes que yo y no sé qué hace más tarde. Acostumbra a salir de noche, casi siempre sola, en teoría al teatro o a jugar unas fichas en el bingo.

Durante el día permanece en El Nicho, con todas las ventanas cerradas. Cuando la visito,

se niega a abrirlas, con débiles y variados argumentos que van desde el polvo de la calle hasta la elevada temperatura. Yo ignoro sus pretextos y las abro de todos modos. Su autoridad, escasa, no recuerda precisamente a la de Vlad El Empalador. De confirmarse su naturaleza vampírica, lo más probable es que ocupe una posición social bastante baja entre los vampiros y pertenezca a una de las generaciones más recientes; un neonato, por debajo de príncipes y consejeros, o un caíttif.

Con las ventanas ya abiertas, la luz invade El Nicho y genera en ella una notable contrariedad en, aunque está lejos de provocar chirridos y desintegración. Ella deposita la culpa en lo arrubiado de sus cejas y pestañas. Mientras persiste en sus reclamos, se calza sus apreciados anteojos negros, los cuales le sientan particularmente bien cuando viste la ya mencionada remera beige de Los Ramones. Expuesta inclusive a la luz más tenue, enlentece su ya lento andar y tiende a refugiarse en su cuarto, con la puerta cerrada.

Ella busca pasar desapercibida con llamativa determinación. ¿Humildad destacable? Sus amigas opinan que se trata más bien de un acentuado desinterés social. Jamás visita otra casa sin recibir invitación, aunque cuando recibe una suele declinarla.

Su heladera permanece vacía todo el tiempo. En rigor de verdad, siempre hay en ella una docena de paquetes de mayonesa. Lo atribuye a su incapacidad como cocinera. No come casi nunca, pero la he visto hacerlo alguna vez, casi siempre de noche y en un restaurante. Adora el bife de chorizo y siempre lo pide bien jugoso; más de una vez, lo ha devuelto por estar demasiado seco.

Le desagrade el agua, especialmente si está en movimiento, como en el río o el mar. Esto no incluye la ducha y su higiene es, en efecto, ejemplar. Quizás por eso haya decidido instalarse en Córdoba, aunque esto podría deberse tan solo a que ha nacido allí.

Una vez la sorprendí limándose los dientes en el baño. La incómoda escena motivó una explicación confusa de su parte, aduciendo algún inconveniente en su ortodoncia. Luego, me cerró la puerta lentamente en la cara. Y nunca más mencionó el tema.

Tras años de aventuras y desventuras, tengo plena confianza con ella. Por eso, ante la dificultad de llegar a un veredicto concluyente, le pregunté abiertamente si era un vampiro. Ella me dijo que no. Insistí, entonces, en saber si su negación era general y rotunda, o meramente técnica. Le demandé precisiones sobre si tampoco era una vampiresa, un vástago, un strigoi, un súcubo, un cainita, un azemán o cualquier otro tipo de criatura sobrenatural. No me miró al pedirme que la dejara de joder, porque estaba atendiendo la novela.

Semejante evasión, por supuesto, profundizó mis interrogantes. Es sabido que ni las personas ni los vampiros suelen admitir abiertamente su naturaleza chupasangre, sobre todo por cuestiones de aceptación social. Su hermana (mi mamá), por ejemplo, jamás lo aceptaría.

Me pregunto, por fin, lo importante. Si ella es inmortal. Desde que tengo memoria, la recuerdo siempre igual, tomándome de la mano, llevándome a merendar algo rico, cuidándome. Es posible que a ella le pase lo mismo conmigo, aunque yo haya pasado de ser un bebé a medir casi dos metros. La inmortalidad resulta especialmente difícil de comprobar. Y, al mismo tiempo, es muy posible que sea el aspecto central de toda esta cuestión. Quizás no haya sospechas, ni indicios, sino deseos: quiero tanto a mi tía que no quiero perderla nunca.

En ese mundo

Para Anja.

En ese mundo, no necesito conocerte. No necesito presentaciones para acercarme, ni historias, ni razones. No preciso saber tu nombre para abrazarte, ni conocer tu pasado, ni siquiera tengo que hablarte. Tan solo me basta una mirada. Y vos me mirás. Entonces, voy hacia vos, lentamente, disfrutando de un riesgo que ya no existe. Te sonrío y, protegido entre los más hondos de mis secretos, busco adivinar hasta dónde vas a dejarme llegar.

Todavía estoy lejos, pero ya puedo sentir tu piel. Es firme, maleable y dorada. Brilla, como una joya. Cubre tu figura densa, presente, inmune a la indiferencia. Solo entonces, cuando ya estoy muy cerca, te extiende la mano.

La tomás y mis emociones resuenan como una tormenta: atronadora, vibrante, eléctrica. El encuentro era lluvia, pero ahora es vendaval. El agua me envuelve y me inunda hasta el último de los rincones. La siento cargada, agitada e instintiva, con un remoto sabor a violencia. Es puro descubrimiento.

No hay palabras.

Cierro los ojos, la mirada se torna abrazo. Aspira a ser cálido, íntimo y cerrado. Me explora, me recorre, busca reconocermelo. Sobre el campo fértil de mi cuerpo brota y se expande con suave firmeza, con paciente seguridad, aferrándose a mí con la fuerza serena de quien no tiene más remedio que enfrentarse a la muerte.

Ya empuñados, es hora de sutilezas. El roce persistente de tus manos se amontona en mi pecho y la tersa fricción de tus brazos me estimula hasta la dulce angustia. Tu pelo despreocupado me acaricia y su perfume me aprisiona, me somete. Yo lo consiento, quiero más. Dependientes, nos dejamos arrastrar por la complacencia del goce inmediato, bajo la cual se oculta, silenciosa, una condena.

No importa. Pegado a tu cuerpo, el futuro no existe. Tu espalda, tu pecho, tus piernas respiran sobre mí. Se acercan y se alejan, se resisten y se entregan, como las olas a la playa. Laten, son tu corazón. Abrazado a él, puedo sentir el coro de tus sentimientos entonando una nostalgia...

Más que aire, respiramos una música triste y sensual, negra, apenas llorada por violines. El drama cadencioso se alimenta de pianos. Tomada por la ansiedad de un recuerdo, la melodiosa tristeza rompe en el llanto abierto de un fuelle. El lamento, incapaz de contenerse, crece hasta decantar en agonía, en un interminable desfile de armónicas pariendo agitación.

El abrazo desemboca en un río de emociones. Nos arrastra, apacible y sinuoso. En cada recodo, le oponemos refugio al vértigo. El tiempo se disocia de nuestra existencia, deja de correr y se escurre por las hendiduras que aún nos conectan a la realidad. Ese derredor, esa proximidad inapelable, también se detiene y comienza a desdibujarse hasta desaparecer.

Inesperado, como un destino revelado, el aire se extingue. Nos ahogamos. Abro los ojos y el río, ahora seco, comienza a fluir como mirada. Veo tus ojos muy cerca, muy abiertos y muy profundos. Me hablan, diciéndome lo mismo que antes me decía tu abrazo. Junto a tu sonrisa tenue y cómplice, me contienen, me tranquilizan.

Veleidoso, averso al final, el aire regresa. Con él, de entre las miradas, resucita el abrazo. Más que descubrimiento, hay reencuentro, deseable regreso al placer ya conocido. Con los sentidos en plena y libre expansión, nos descubrimos predestinados, nacidos el uno para el otro.

Tu corazón late con fuerza y cada pulsación lleva tu sangre a todos mis límites. Los suspiros maduran, los percibo con intenso encanto, aunque desconozco a quién pertenecen. Tu agitación y mi excitación se alean hasta lo inseparable, hasta lo indivisible.

La amalgamada confusión es viva, arbórea y otoñal. El abrazo se ramifica en caricias cada vez más amarillas que, por fin, estallan como una lluvia de hojas secas. Oleadas de savia caliente, de resistencia al invierno inminente, me recorren hasta la raíz y me penetran el alma. Necesito más de tu tierra, de tu brisa, de tu luz.

Mi boca lucha. Busca abstenerse de la tuya.

Indomables, las caricias toman la forma de un beso. Sí, el beso sucede, aunque nunca llego a tocar tus labios. Nos besamos sutil, larga y apasionadamente, sin que pueda llegar a conocer el fuego de tu lengua que deseo con incontenible ardor, con impostergable urgencia. En esa hoguera de insatisfacción me incinero y me consumo hasta quedar hecho cenizas de melancólica impotencia.

No puedo. Qué más quisiera yo, pero no puedo. Tu mirada, tu abrazo, tus caricias, tu beso incorpóreo, el río de emociones, todo tu ser, todo el mío, me lo piden, me lo demandan, pero no puedo. ¡No puedo! Y vos tampoco podés. Por mucho que quieras, no podés...

En la vastedad etérea de ese mundo, el beso se derrite en lágrimas.

No hay tiempo ni espacio para llorar. Autoritario, el aire se extingue, de nuevo, pero esta vez para no volver. La asfixia y el temor crecen. Abro mis ojos. Las lágrimas se fusionan en una mirada, aunque no nos abandonan del todo. Veo tus ojos muy cerca, muy abiertos y muy llenos de amor. Son un espejo. En tus lágrimas incapaces de mojar, veo las mías.

Aceptamos inminente el final, y entonces el final comienza. Creemos inevitable la muerte, y con esa creencia la alentamos. Nuestro mundo revive, y con ello morimos un poco.

El desmoronamiento comienza. La tristeza es demasiado grande, la literatura demasiado limitada. El momento, para no morir, para colarse a fuego en nuestra memoria (lo único que cuenta después de todo), debe dar lugar a la frialdad que buscará en vano, con su solidez, desafiar al tiempo.

No hay palabras, nunca hay palabras.

Nos miramos con intensidad fundida, con dolor hirviente. Adivino en tus ojos un anhelo profundo y una despedida. Por única vez, te veo la espalda. Antes que la puerta te devore, me dedicás una última mirada. Como un tatuaje, como un hierro candente sobre mi carne, tu mirada se vuelve recuerdo. Y lo hace para siempre.

El antillama

Yo no había prestado ningún tipo de atención a mi nuevo vecino. Esto no era del todo extraño, ya que no acostumbraba a prestar atención a personas desconocidas, fueran vecinos o no.

Me había costado toda una vida comprender la improbabilidad de encontrarme ante la bendición de desconocidos valiosos. Al mismo tiempo, a lo largo de un carril paralelo, avanzaba en mí el entendimiento cabal de que el tiempo es escaso y de que el mío se estaba escurriendo a una velocidad preocupante. Y cada vez más rápido, acelerándose a medida que me hacía más consciente de su escasez. O a medida que más lo derrochaba. Esta penosa convicción me había conducido a un cierto aislamiento social, por medio del cual buscaba alejarme de lo banal y concentrarme en lo importante, es decir, en aquello por lo cual me juzgaría a mí mismo al final del camino. Y casi nunca lo importante resultaban ser los vecinos.

Sin embargo, la relación de búsqueda indiferencia con mi nuevo vecino cambió de un modo drástico el día del granizo intenso.

Es importante mencionar que hablar de vecino es tan solo una conveniente aproximación. Se trataba más bien de un vecino temporal, o vacacional, tan solo un hombre con quien compartía el complejo turístico durante mis días de vacaciones. Por azar o por destino, nuestras modestas cabañas habían resultado contiguas. Yo apenas había reparado en él y su familia, pues la temporalidad de su presencia lo hacía todavía más insignificante ante mis ojos.

Hasta el día del granizo, yo no había más que intercambiado saludos circunstanciales con él. No sabía su nombre, ni recordaba el color de sus ojos o de su ropa. Con su transcurrir casi invisible en el complejo, estaba muy lejos de llamar mi atención. Más todavía, solo su completa intrascendencia podría haberme generado algún tipo de interés. Era un hombre callado e inexpresivo, un completo anónimo sin esfuerzo. Una de las tantas clases de muerto. Iba y venía sin convicción, casi arrastrándose. Frío y triste, ni siquiera digno de compasión, parecía una caldera sin fuego, alguien incapaz de albergar una llama interior. Eso era. Un sinllama.

A decir verdad, yo había respetado al sinllama hasta el día del granizo. Más bien lo había ignorado por completo, lo cual constituía una forma de respeto. Su estilo moribundo no me molestaba en lo más mínimo y hasta resultaba funcional a mis necesidades de calma, foco y descanso. De hecho, me angustio tan solo de imaginar las alternativas con las cuales podría haberme encontrado. Por ejemplo, un impresentable incivilizado que alborotara el complejo con gritos y música a todo volumen. O un personaje extraordinario, fuera de serie, que expusiera mi mediocridad en blanco sobre negro y me obligara a contemplar mi propia miseria. Solo no tener vecinos podría haber sido mejor. Sin dudas, había sido afortunado.

Pero el granizo llegó. Yo lo había visto venir. En la playa, desde donde se ven todos los horizontes, había advertido el sudeste amenazante y negro. Más que negro, negro verdoso. El viento había cambiado, se había vuelto frío y recio, y parecía buscar imponernos el final del día de playa. Así lo habían entendido los bañistas, quienes huían de un modo despavorido y desordenado, como un ejército cobarde en retirada, cruzando con torpeza el médano que separaba la playa de los complejos turísticos. Yo me negaba a retirarme de ese modo tan timorato, forzado tan solo por un par de sopapos del viento. Y mucho menos en medio de esa horda infiel y temerosa, corriendo el riesgo de convertirme en uno de ellos. Nooo, yo no sería uno de ellos. Me planté en la playa, a pesar del frío que comenzaba a penetrarme los pies y las

manos, a pesar de la arena que me pegaba en la cara y me invadía los ojos. Me puse de espaldas al viento y, desde mi actuada indiferencia, miré el rebaño asustadizo que dejaba la playa cargando bollos de ropa y toallones, corriendo tras las prendas que la ventolina amagaba con arrebatarse para siempre. Cuando ya todos habían dejado la playa, entonces sí me retiré, con lentitud y tranquilidad, para que la sudestada entendiera que no era ella quien me echaba, sino que me iba solo, por mi propia voluntad.

Yo era orgulloso, sí, pero no comía vidrio, así que cuando llegué al complejo estacioné mi auto bajo un pino enorme que parecía alistado, firme, para resistir los embates de la tormenta inminente. El granizo era tan solo una posibilidad, así que esas fueron todas mis precauciones.

Pero el granizo sí lo sorprendió a él. Apostaría a que el sinllama no había estado en la playa, ni había visto los ojos amenazantes de la tormenta que asomaban sobre el mar entonces agitado, ni había sentido su amenaza directa en forma de viento embravecido, ni tampoco había visto a los tiernos corderos escapar mientras miraban hacia atrás por sobre sus hombros enrojecidos. El sinllama había dejado su auto en el medio de un claro demasiado expuesto. Era casi una provocación a la furia de la tormenta, como si el auto mirara al cielo, abriera los brazos bien grande y gritara «¡granizo, acá estoy y no te tengo miedo!». Y el granizo respondió, con llamativa agresividad. Las piedras inusualmente grandes picaban sobre el techo de ese pobre auto como las puñaladas de un asesino desenfrenado, tomado entero por el furor de un crimen pasional.

Yo miraba la lluvia, las piedras y el auto golpeado por las piedras, mientras tomaba un mate tibio detrás de la ventana. La tibieza del mate no era un contratiempo o la consecuencia indeseada de una demora, sino un placer íntimo buscado con esmero y deleite. Evitar las temperaturas extremas del mate era una cuestión primordial para mí, especialmente durante las vacaciones. El agua demasiado caliente quemaba el sabor de la yerba, mientras que la fría carecía de la capacidad de reconfortar el alma. Más allá del incidente de las piedras sobre el auto, que yo no disfrutaba especialmente, me sentía muy calmo y disfrutaba ese momento de sublime reposo de un modo difícil de transmitir con palabras, junto al vidrio un tanto empañado. De a ratos cerraba los ojos y me entregaba al aroma único y sensual de mi mate tibio. Podía escuchar y hasta sentir la lluvia, el viento y la tormenta. Y las piedras también, inmolándose sobre el techo de la cabaña, los bancos del parque y el auto del sinllama. Este último sonido, metálico, añadía un elemento artificial a la sinfonía natural de la tempestad, pero con suficiente sabiduría yo había logrado resignificarlo. Representaba, para mí, la omnipotencia de la Madre Verde sobre el finito y plástico reino del hombre.

Ese momento de satisfactorio arrobo, de cálida y suave introspección, fue interrumpido con un nivel de desaprensión que yo no había experimentado jamás. El sinllama irrumpió con inconcebible brutalidad en la pacífica y reveladora escena, como si sus gritos de «¡noooooooooo!» y sus insultos pudieran regresar el tiempo atrás y desabollar ese techo, ese capó, esos laterales frágiles y económicos tan arquetípicos de los tiempos que corren. Desesperado, iba y volvía a la cabaña, cargando mantas que apoyaba sobre el auto ya dañado de un modo irreversible. Su rostro estaba muy rojo y activo, como si sus cuarenta músculos faciales hubieran despertado de repente de un largo sueño. La expresión era inequívoca y denotaba bronca, tristeza e impotencia. Por un momento, creí adivinar un llanto incipiente. Además, también gritando, el sinllama daba indicaciones ininteligibles a su pobre esposa, quien también iba y venía, aunque de un modo más confuso, quizás porque no entendía las vociferaciones balbuceantes de su conmocionado esposo.

Yo estaba indignado.

Pero no por la interrupción desconsiderada de mi momento de comunión privada con la naturaleza, ni porque ello hubiera bloqueado los abismos reflexivos a los cuales había logrado asomarme, ni tampoco porque el mate reparador se había enfriado para siempre. No, no se debía a nada de eso. Mi indignación profunda, innegociable y duradera, la cual no me abandonaría hasta el final de las vacaciones, tenía una única y categórica explicación: la inaceptable insustancialidad de los hechos que habían logrado devolver la vida al sinllama. Un sujeto que ahora, de buenas a primeras, mostraba emociones y sentimientos que yo no había previsto, lo cual no sería infinitamente inadmisibile si encontrarán su razón de ser en una causa justa.

Ya no era posible seguir hablando de un sinllama. Ahora todo era mucho peor. No se trataba de un hombre incapaz de albergar una llama interior, sino más bien de uno incapaz de albergar una llama digna, sana y con alguna clase de significado. Como si su llama, a pesar de existir, no pudiese ser roja, ni caliente, ni oscilante. Sí, eso era: un antillama.

Para colmo de males, el antillama no regresó a su estadio anterior. Eso hubiera habilitado una tregua, una ínfima esperanza de poder olvidar lo ocurrido, de simular que todo había sido un mal sueño. Solo necesitaba una excusa que permitiera a mi severa conciencia enterrar esta traumática experiencia, para siempre, en los amplios campos del olvido. Pero no, el antillama y sus trastocadas jerarquías insistieron en perturbarme, en instalarse con fuerza en el centro de mi sosegado jardín interior, en el cual buscaba refugiarme para aferrarme al tiempo que irremediamente se escabullía. El clima no se recompuso durante los días que siguieron y, en consecuencia, tampoco lo hizo el antillama. Cada vez que el cielo se volvía amenazante, el antillama corría —¡corría!— a cubrir su auto con las mantas que tomaba de su propia cama. Sacrificaba las mantas y con ello, lo más grave, la calidez de la noche, pues las densas lluvias sin granizo las mojaban íntegras. Y también lo mojaban a él, porque se situaba junto a su amado auto para acompañarlo en el sufrimiento, como un padre junto a su hijo enfermo, diciéndole con su sola presencia «no te preocupes hijo, no estás solo, estoy aquí para protegerte, para que suframos juntos hasta que toda esta pesadilla acabe».

No deben quedar dudas sobre este punto. A mí no me fastidiaba hasta el límite de la intolerancia que el antillama se preocupara, y hasta se sacrificara, por su auto de un modo inmaduro e infantil. Claro que no. Después de todo, ¿a quién podía gustarle ver una lluvia de piedras abalanzarse sobre su auto? ¡Yo mismo había puesto el mío al resguardo de ese gran pino! ¡Sería demasiado llamativo y sinllamativo no hacerlo! Lo que verdaderamente me enardecía era que el granizo sobre su auto fuera lo único que lo movilizara. Eso era muchísimo peor que la indiferencia ante todo. Era de una antillamez inusitada.

Mi fijación con el antillama, por más justa que fuera, no impedía las consecuencias. No hablo solo de mi imposibilidad de disfrutar de un merecido descanso vacacional, sino también de la influencia de los acontecimientos sobre el ánimo de mi familia. Mi querida esposa no dejaba de expresarme su molestia e incomprensión, a pesar de conocerme con el mayor detalle.

—Julio, te pido por favor que la termines con el vecino. Y con esa ridiculez del «antillama». ¿Por qué te la agarraste con ese pobre hombre? No te hizo nada después de todo...

¿Nada? ¿Que no me hizo nada? Mi querida esposa no podía comprenderme. No podía comprender. Mis propios hijos tampoco, pero al menos tenían el decoro de mantenerse en silencio, de aceptar que aún eran demasiado jóvenes. Sí, esos pebetes, esos retoños rosados que me miraban con los ojos bien abiertos eran decididamente más sabios. Sumidos en la incomprensión, con seguridad sospechaban que yo estaba en lo cierto. Porque la verdad siempre se sabe, aunque uno no la comprenda. ¿Cómo se podía permanecer indiferente ante tanta

indiferencia?

En el fondo, yo no quería aceptar la situación. No, eso no es del todo preciso. Era algo más. Yo no estaba dispuesto a aceptar la situación. No quería tolerar que el antillama fuera un antillama. Perdón, necesito ser más preciso otra vez. No quería ser un hombre que tolerara la antillamez del antillama. Quería, de algún modo, salvarlo. Para salvarme.

Decidí entonces buscar en el antillama otras reacciones, otros enclaves nerviosos que lo hicieran reaccionar como lo hacía cuando el granizo caía sobre su auto. Si esas debilidades existían, aunque fueran insignificantes, entonces su pecado mortal quedaría lavado, diluido. Un hombre que reacciona ante mil nimiedades es tan antillama como el que reacciona ante una sola, pero es más difícil de reconocer y por lo tanto más aceptable para el círculo que lo rodea. Eso lo salvaría ante los ojos de sus hijos, aunque ellos no lo supieran. No ante los míos, pero yo estaba dispuesto a jugar ese juego en un caso extremo como este, en el cual mis vacaciones y las de mi familia pendían de un hilo finísimo. En cambio, el objetivo de máxima, la verdadera salvación para todos, consistía en encontrar algo verdaderamente importante ante lo cual el antillama mostrara una emoción, sea cual fuera. Eso sin dudas lo redimiría, inclusive ante mí.

Los primeros resultados fueron decepcionantes. Yo había decidido comenzar por el acolchonado mundo de las palabras y las ideas. Ya habría tiempo de acudir a los incuestionables recursos del mundo físico, los cuales habían demostrado siempre ser más contundentes pero también más traumáticos. Durante la mañana siguiente, por primera vez, le propuse al antillama algunos temas de conversación que iban más allá del acostumbrado saludo formal y vacío. Desde una perspectiva futbolística, podría decir que comencé dando pases cortos. El clima, el complejo, la playa, la temporada. Nada, el antillama permanecía inmutable, muy lejos de ese mundo donde los corazones laten y los puños se cierran. Contestaba «sí», «no», «bien» (ni siquiera «mal»), «mmm» y no mucho más; luego, seguía camino hacia la siguiente actividad de su día monótono e indefinido. Para ser honesto, yo hubiera reaccionado de un modo semejante ante temáticas tan aburridas e irrelevantes. Quizás el antillama albergaba dentro de sí unas profundidades insospechadas y yo solo lo ofendía, sin saberlo, con semejantes propuestas de conversación. Y a un nivel más trascendente, con mi secreta e implícita acusación de antillama. Durante los días siguientes, pasé ansioso a los siguientes tópicos. Le hablé de la comida, el trabajo, la familia. Nada, seguí adelante. La economía, la política, el país. Nada. La historia, las guerras, la injusticia. La filosofía, la religión, la finitud de la existencia, el (sin)sentido de la vida. Nada, nada de nada. Cero.

A medida que debía aceptar su incapacidad de reacción, sentía cómo mis músculos se contraían, cómo una tensión desconocida me iba ocupando el pecho, el cuello y por último la cabeza. La jaqueca se adueñaba de la noche y, junto a la transpiración cerril, me impedía dormir. Mi semblante se iba ajando con rapidez, volviéndose cada vez más ojeroso y sombrío. Quería tomar al antillama por los hombros y sacudirlo muy fuerte, muy fuerte. Gritarle «¡reaccioná hermano, reaccioná, no te puedo ver así! ¡cortá con esta antillamez!». Como es de suponer, yo terminaba mis cortas conversaciones con el antillama comprensiblemente convulsionado.

Los temas de conversación se me habían agotado. Estaba casi rendido. No tuve más remedio que acudir al último tema disponible, el tema que yo había evitado de un modo quirúrgico, rodeándolo con celo al desplegar mis dotes discursivas. Resignado, no tuve más remedio que preguntarle al antillama por el día del granizo y su auto. El antillama se transformó de un modo espectacular, como lo hubiera hecho un superhéroe ante la inmediata necesidad de enfrentar una injusticia. Solo le faltó desgarrarse la camisa y salir volando. Abrió los ojos y la

boca, se tomó la cabeza y comenzó a pintarme un cuadro conmovedor y dramático, con el cual logró inclusive arrastrarme hacia el agitado mar de su tormentoso relato. La voz no era suya, era otra voz, había otra persona hablando dentro de él. Su entonación pasó de la más llana uniformidad a la riqueza que solo un millón de variantes pueden proveer. Yo me sentía atado a su angustia, capturado de un pie por una gran bestia marina que me jalaba hacia el fondo. Más todavía, estaba cada vez más cerca de ceder a su preocupación, a un paso de comprenderlo, solidarizarme y ofrecerle toda la ayuda que necesitara de mí. Me sentía frente a un grandísimo artista de la preocupación granizo-auto, ante el cual no había más remedio que doblegarse, llorar de emoción, pararse y aplaudir. Pero no, gracias a dios —¡gracias, dios mío!— fui fuerte. La otra parte de mí, la fundamental, resistió y se limitó a comprobar que mis observaciones habían sido, una vez más, acertadas. Solo un único tema conmovía al antillama.

A pesar de mi confusión emocional, de las contradicciones internas que se sublevaban dentro de mí, no estaba dispuesto a abandonar a ese hombre, por más antillama que fuera. Yo era un boxeador golpeado, tambaleante, sí, pero también me había autoimpuesto jamás arrojar la toalla de la derrota.

Había llegado la hora de viajar a la dimensión física de lo palpable. También aquí decidí ser gradual: estrecharía la mano del antillama, incrementando la firmeza de mi saludo cada día un poco más. Así lo haría hasta que mi vecino volviera de ese mundo distante y privado, de esa galaxia desconocida y personal, donde su llama había quedado irremediamente atrapada.

El apretón de manos es un idioma en sí mismo. El antillama ofrecía una mano sólida, pero hueca, sin ningún tipo de contenido. A medida que yo le estrechaba la mano con mayor fuerza, él también lo hacía. No, me equivoco. Él no lo hacía, lo hacía su cuerpo, de un modo reactivo y reflejo. Un espejo. El contenido seguía sin aparecer, sus ojos quietos e inexpresivos podían confirmarlo. Sobre el final, el apretón de manos era ya doloroso, pero ninguno de los dos decía nada. En mi caso, por obvias razones. En el caso del antillama, de manera incomprensible.

Inspirado por ese ir y venir a planetas antillámicos, concebí entonces la brillante idea de intentar el camino inverso. En la privacidad de la noche, dejé la cabaña en silencio, donde mi querida esposa y mis hijos dormían. Busqué el auto del antillama. Pincharle una goma o romperle un vidrio me parecieron ideas muy atractivas, pero demasiado ruidosas. No deseaba exponerme de esa forma. Escogí entonces un clásico rayón lateral, silencioso y directo. Lo hice al pasar, con disimulo, para que nadie pudiera señalarme. Seguí caminando y di una vuelta a la manzana, por si acaso. Regresé a la cabaña con naturalidad. Todos dormían. Pensé por unos minutos en el asunto y me dormí satisfecho, al abrigo de una sonrisa que solo el deber cumplido podía proveer.

El descanso nocturno, además de merecido, fue largo y profundo. Al despertarme al día siguiente, me invadió un cierto nerviosismo, pues el reencuentro con el antillama llegaría más temprano que tarde. Cuando lo encontré en los espacios comunes del complejo, su palidez me pareció fantasmal. Le di la mano, ya sin tanta intensidad, y le pregunté por la indisimulable circunspección de su rostro. Devastado, al borde del llanto, me confesó el nefasto descubrimiento que había hecho durante la mañana. La tristeza de su relato parecía infinita y se extendía mucho más allá de sus palabras, como si tuviera una estela flotante capaz de permanecer en el aire. Mis emociones volvieron a traicionarme. Un huracán furioso se apoderó de mi interior silencioso y lo llenó de un rugido estremecedor. Tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para no ceder a ese tornado negro que me aplastaba y ponía en riesgo todos mis equilibrios.

Cuando el antillama terminó su relato, yo estaba conmocionado. Con gran esfuerzo logré

recuperar el habla y, solo entonces, pude buscar consolarlo. Intenté en vano remolcar esa gran avalancha de sensibilidad mal estacionada hacia los aspectos verdaderamente importantes de la vida. Procuré convencerlo de que un pequeño rayón —bueno, no era tan pequeño— sobre su auto constituía una verdadera insignificancia si uno lograba ponerlo, con sabiduría, en un calibrado contexto, en el cual las prioridades de la vida estuvieran adecuadamente escalonadas. O por lo menos, en uno donde los valores que la humanidad había encumbrado a lo largo de muchos siglos, no sin dolor, ocuparan un lugar más importante que la puerta —las puertas y todo el lateral— de su auto. Le hablé con remarcable paciencia sobre lo bueno, lo bello y lo verdadero, sobre lo esencial y lo trascendente. Y sobre sus reversos. Fue inútil. Sus respuestas se limitaron a diferentes versiones de «¿pero, por qué a mí? ¿qué voy a hacer ahora?».

Yo estaba perdido, a un paso de capitular. No sabía qué más hacer por este antillama incurable. ¿Debía abandonarlo? ¿Quién más lo ayudaría si no era yo? Estaba solo, ante el antillama y su tragedia. Todo dependía de mí y de mi comprobada capacidad de ayudar a los demás.

La respuesta a mis interrogantes llegó a través de un sueño, ese canal misterioso por medio del cual las verdades encarceladas (muy lejos, en algún inframundo) logran dejar las celdas de nuestra inconsciencia y escapar hacia nosotros. La solución al enigma del antillama era absoluta, no admitía condiciones ni alternativas.

Era muy temprano, mi familia dormía. Salí resuelto de la cabaña, sin perder tiempo en repastos ni explicaciones a mi querida esposa. Caminé con seguridad hasta llegar a la cabaña del antillama y golpeé la puerta con determinación. Nadie me respondía, así que golpeé más fuerte. Luego de un minuto, sin dejar de golpear, comencé a gritar el nombre del antillama. El vecino de al lado abrió la puerta de su cabaña; parecía disgustado y me preguntó qué estaba pasando. Tenía puesto un clásico piyama a rayas y una expresión que parecía de fastidio, aunque seguramente se trataba de simple preocupación por el antillama. La claridad del amanecer parecía afectar sus ojos claros, los cuales se refregaba con insistencia. Agitado, le expliqué que nuestro vecino, el antillama, necesitaba de mi ayuda con urgencia; debía localizarlo cuanto antes. Me miró con una extrañeza que sospeché descalificatoria, al mismo tiempo que parecía ansioso por volver a entrar. «Se fue anoche», me informó y regresó a la cabaña dando un portazo muy ruidoso, lo cual me pareció bastante desconsiderado del sueño del resto de los vecinos. Turbado, salí a la calle corriendo y verifiqué con desazón que el auto del antillama no estaba.

¡Qué difícil poner en palabras la pesada e incontenible sensación de fracaso, de deber incumplido, de traición al antillama y a la humanidad toda que me invadió en ese momento! Había fallado, le había fallado a todos. Creí que jamás saldría de semejante foso depresivo repleto de culpas.

Caí sentado en la calle de arena y no pude evitar tomarme la cabeza. Quedé en esa posición durante un tiempo imposible de medir, hasta que mi querida esposa vino a levantarme y me llevó de regreso a nuestra cabaña.

Había preparado un magnífico desayuno, atiborrado de su característico amor y, más importante todavía, de deliciosos churros rellenos con dulce de leche. Pude ver cómo el sol radiante ascendía liviano a través de la diáfana plenitud del cielo azulado. Mi ánimo comenzó a despabilarse y la esperanza, tibia como los mates en los cuales había aprendido a refugiarme, me fue volviendo al cuerpo.

No iba a ser fácil pero, de una u otra forma, encontraría al antillama. Y lo salvaría. Por las buenas o por las malas.

Los secretos

Para Sabri.

Tuve que revelar mi secreto de una manera tan insignificante como inesperada.

El dueño de las cabañas nos pidió que alguno de los dos se registrara en el complejo. Los datos que requería el formulario de registro eran pocos, aunque suficientes para exponer el secreto del que asumiera la tarea. Sin dar ni una muestra de su total comprensión de la situación y sus consecuencias, ella permanecía a mi lado y contemplaba la escena, impassible.

Dudé en vano un imperceptible instante. Busqué razones que me empujaran a la evasión de lo que supe inevitable desde el primer momento. Sin mirarla ni dar indicios de la derrota que me invadía, tomé la lapicera que la mano del dueño nos extendía y asumí la siempre difícil tarea de abrirme, de volverme vulnerable. Haciéndolo, no solo me condené a develar mi secreto, sino que también protegí el suyo, en un doble gesto de pretendida caballerosidad con el que esperé, por lo menos, seducirla.

Ella era nívea y civilizada, como la tierra de la que venía, lejana en casi todo a Camboya, lejana en casi todo a la mía. De modo simultáneo e imprescindible, habitaba en ella (y en su tierra) una pulsión oscura que tuve el privilegio de conocer y sentir.

Los dos sabíamos de los secretos, aunque solo conocíamos el propio. Lo supimos siempre, desde el primer momento en que nos conocimos, tan solo un día antes; cuando sostuvimos las miradas y me acerqué a hablarle abiertamente, sin excusas; cuando la invité a caminar a lo largo de la dorada y solitaria Playa de M'Pay, temprano, una mañana seca y soleada, con la pequeña Isla de Koh Koun como único y reservado testigo. Lo supimos esa misma mañana, cuando la besé por primera vez y ella se dejó llevar, cristalina y calma, como las aguas cálidas del mar que nos envolvía. También por la tarde, cuando nos costó separarnos. Y a la noche, cuando estremecidos por un amanecer de luna en el horizonte, nos besamos desnudos en un mar negro que destellaba brillos de color blanco-verdoso, al ritmo de nuestras maniobras de amor inconcluso, contenido tan solo por el más sano de los temores. Lo supimos durante el día siguiente, cuando caminamos sin saberlo rumbo a las cabañas, bajo un sol fulminante que parecía un destino adverso; cuando abordamos la pequeña barca baqueana que nos acercó hasta las orillas de la magnífica Playa de Saracen y nos conmovimos, incrédulos, con el espectáculo natural que se abría ante nosotros; y cuando, extasiados, nos dormimos sobre un colchón de arena blanca, a la sombra de un árbol estoico que parecía haber estado allí desde siempre, esperándonos.

Sí, todo el tiempo supimos de los secretos. Y todo el tiempo nos cuidamos de mencionarlos, quizás para convencernos de que no eran importantes, a pesar de su presencia silenciosa, de su ausencia constante y artificial que sugería lo contrario; o para que su conocimiento no se interpusiera entre nosotros; o quizás, mucho más simple, porque los secretos estimulaban aún más la ya incontenible atracción que sentíamos el uno por el otro, como también lo hacía la exótica lejanía de Koh Rong Samloem.

Los secretos no eran, sin embargo, indescifrables. Nosotros mismos habíamos adivinado su existencia apenas nos descubrimos y sospechado las siluetas en las cuales se encerraba el misterio. También los demás podían percibir los secretos, pero la necesaria simplificación de los hechos les impedía interpretarlos como solo nosotros podíamos hacerlo.

Me incliné sobre el documento, básico, que me doblegaría en unos pocos suspiros. Más

que caer, me sorprendía tener que hacerlo de esa forma tan inocente e ingenua. Disfracé la búsqueda de alternativas con una lectura general del papel. No las encontré, excepto por la de mentir sin riesgos, camino que descarté por no considerarlo a la altura de mi autoestima. Ella decidió quedarse y forzarme con ello a la verdad, en lugar de retirarse de la sala con cualquier excusa. Completé mis datos con determinación, como deben hacerse las cosas cuando, equivocados o no, hemos decidido hacerlas. Y me expuse ante sus ojos claros que, por supuesto, advirtieron la revelación y brillaron, aunque nunca los miré para no delatarme.

Ya registrados, fuimos a nuestra cabaña. Era igual a todas las cabañas, como tiende a ser igual lo que no es importante. Estaba sobre la arena, a pocos pasos de un mar que entonaba el ir y venir de las olas, el telón musical de fondo al cual habíamos aprendido a acostumbrarnos. Aún no había caído el atardecer, pero cuando entramos lo primero que vimos fue la noche irremediable. Luego de dejar allí nuestras cosas, fuimos a caminar a lo largo de la bahía. Lo hicimos lenta y despreocupadamente, como si fuéramos los mismos de antes, como si mi secreto desenmascarado no tuviera consecuencias. Más de una vez, nos detuvimos para besarnos con determinación, con certeza, para dejar en claro la frontera de nuestras omisiones. De regreso, durante la cena, nos miramos a los ojos con la ayuda silenciosa de las velas que iluminaban las pequeñas mesas sobre la playa. Arrastrados por la improvisación, como le gusta a la felicidad, nos deshicimos allí de nuestras últimas monedas.

Alentados por el calor, por la inmediatez y por la seguridad de estar frente a (o dentro de) un recuerdo imborrable, nos sumergimos otra vez en la noche del mar y nos perdimos en el mágico laberinto de los besos salados. Quizás porque el doble secreto me parecía excesivo, quizás porque no podía ser de otro modo, por fin le dije lo que ya sabíamos:

—Ahora sabés mi secreto.

—Sí —me dijo, serena. No había nada que agregar y no lo hizo. Nos miramos sin hablar durante varios minutos que fijaron el momento en el futuro como lo haría un hierro candente.

—¿Quieres saber el mío?—se decidió, por fin, a no dejarme solo.

—No sé —contesté, y era cierto.

Otra vez la mirada, otra vez el silencio. Con sus piernas se abrazó a mi cintura, tomó mi cuello entre sus manos y acercó su boca hasta mi oído, donde con un susurro derramó su secreto, el cual era breve e inequívoco como un número.

Nos quedamos muy cerca, protegiéndonos de lo extraordinario del momento, sospechando que tal vez todo aquello se convertiría en dolor algún mañana.

—Tengo frío, salgamos —me dijo, y me extendió su mano caliente que nos rescató del mar y nos guió hasta la intimidad de nuestra cabaña.

Desde las almas, ahora sin los secretos cruzados, la desnudez se extendió hasta nuestros cuerpos y nos amamos por primera vez, libres, con ansia pero sin miedos, bajo la protección blanquecina de un velo humilde que, sin embargo, alimentaba la idea de fantasía, de espejismo. Su cuerpo joven, su piel tersa y su amor tímido realzaban con el tenue albor lunar que se filtraba en la cabaña, como también lo hacía la resonancia del mar y la selva. Su boca habituada a sonreír adoptó esta vez los contornos del placer cuando alcanza sus fronteras con el dolor. Cada uno de los sabores de la piel, cada entrega sin condiciones, en definitiva todo, resultó insuficiente para saciar nuestro instintivo deseo de eternidad. El amanecer trajo la noche a nuestro imposible y nos sumió en el otro sueño.

Dormimos poco. Cuando despertamos, la realidad nos encontró exhaustos, hambrientos y sin dinero. Repletos de lo inolvidable, declinamos la obligada vista desde el Viejo Faro. El

paraíso que nos rodeaba, pero también el de nuestro recién, nos proporcionó la energía que necesitábamos para un regreso que prometía ser largo e incierto.

Tomados de la mano, aferrados todavía a lo irrepetible, dejamos atrás la blanquísima playa, la felicidad y los secretos. Caminamos varias horas sin hablar, pues las palabras sobraban como habían sobrado antes. El sol reinaba en la altura azulísima, era pura energía. Fuego, como nuestra mirada cómplice, como nuestro secreto.

Tren a Zurich

Para Guido.

Diría que esperábamos algo, una cierta normalidad o aburrimiento, porque cuando abrimos la puerta del compartimento nos sorprendimos. Primero, por la música, que sonaba muy alta y me pareció balcánica; tras repasar esta historia decenas de veces en mi memoria, terminé por concluir que debió haber sido gitana, concebida en Hungría o en algún otro rincón de Europa del Este. Segundo, porque las responsables de la música eran dos mujeres jóvenes, suficientemente atractivas, de ropas ajustadas y ojos delineados, muy negros, de esos acostumbrados a levantarse siempre. Por un momento, me sentí en un tren urbano de las afueras de Buenos Aires. Antes de entrar y luego de un primer hola, vi a mi buen amigo Gino asomarse por sobre mi hombro.

El compartimento era uno más de los muchos que componían el vagón de tren. Los vagones también eran muchísimos y excedían el área techada de la estación. El día se estaba apagando. Serían más las siete que las seis, pero sobre todo era tarde. Habíamos llegado a nuestro tren justo a tiempo, literalmente corriendo. Con Gino jugábamos de memoria, excepto a la hora de la puntualidad. En parte también por eso, mi amigo era «todo lo que se dice de Buenos Aires», según las palabras de un pasajero suizo del mismo tren que conoceríamos unas horas más tarde.

El tren partía de la magnífica estación de Keleti, la más importante de las grandes estaciones ferroviarias de Budapest, la ciudad a la que suele llevarme de regreso la arbitrariedad de mis sueños. No hubo tiempo —como siempre que se prioriza de manera equivocada— para disfrutar de su arquitectura ecléctica. Sus enormes salones, separados entre sí por grandes puertas de madera, estaban custodiados por sólidas columnas de mármol rosado y casi siempre por frescos de Karoly Lotz.

El destino final era Zurich, ubicada a unos mil kilómetros de distancia.

Entramos en el compartimento y saludamos a las dos mujeres, con una sonrisa más sugestiva que necesaria, estrechándoles la mano mientras nos presentábamos en inglés. El saludo, medido, buscaba equilibrar el desordenado deseo de explorar a nuestras nuevas compañeras de viaje con la civilizada lejanía que las personas prefieren a la hora de un saludo inicial. Las mujeres respondieron con moderado entusiasmo, tal vez porque no entendieron nada de lo que dijimos, ya que al parecer solo hablaban un idioma incomprensible para nuestros oídos, probablemente húngaro.

El compartimento tenía seis camas. Revisamos que los números asignados fueran los correctos y acomodamos nuestro equipaje. Mientras tanto, las mujeres no bajaron la música, lo cual no sé si me molestaba, pero sí me llamaba la atención. «Qué raro que no bajen la música», le comenté a Gino luego de conversar un rato. «Sí», me contestó.

Mi comentario fue casi una provocación para Gino, quien tomó a una de las mujeres del brazo y, señalando el equipo, le consultó vagamente por el origen de aquella música. Culposas, ajustaron el volumen de inmediato, mientras parecían disculparse. Gino omitió las aclaraciones y buscó en cambio conocer sus nombres: Dika y Malina. Les dejó saber que éramos de Argentina y algunos datos básicos relacionados, como que hablábamos en español. El empuje de la intención logró extender la conversación, algo que el efectivo entendimiento jamás hubiera conseguido. Dika, la menos atractiva y quizás por ello la más decidida, contribuyó con algunas palabras clave en inglés que ayudaron a desatar algunas conversaciones anudadas, por no decir inexistentes.

Al poco tiempo de puesto en marcha el tren, una tercera mujer se sumó a nuestro compartimento. Su nombre era Rozi y conocía a las otras dos mujeres. Luego de acomodarse en su cama, se sumó a nuestro diálogo de voluntades y, sin demasiado esfuerzo, le arrebató a Malina el título de la más atractiva del grupo.

Cuando se agotó el esfuerzo inicial de la conversación y la comodidad del propio idioma terminó por imponerse, decidimos con Gino salir al pasillo. Miramos por la ventana, ya era de noche. Adivinamos el frío y la negrura del otoño tardío asentado sobre la invisible llanura húngara que nuestro tren atravesaba sin demasiada prisa. Cuando prestamos atención al pasillo, tan angosto como dos personas cruzándose, nos fue imposible permanecer indiferentes. Otros pasajeros también habían salido de sus compartimentos, quizás a estirar las piernas o a refrescar sus sueños en la oscuridad de la ventana; o a recordar un infierno que dejaban atrás, o a imaginar uno que se avecinaba. No lo sabíamos. «Che, ¿por qué hay tantas minas en el pasillo?», le pregunté a Gino.

La irrupción del guarda postergó las sospechas que ya comenzaban a crecer y nos envió de regreso al compartimento, donde buscamos nuestros boletos y pasaportes. El guarda, quien como casi todo en el tren parecía húngaro, tomó nuestra documentación y la examinó largamente, con una notable capacidad para no aburrirse. Cuando llegó a una conclusión, nos anunció en un esforzado inglés que los boletos eran inválidos, debido a que no habíamos completado la fecha de uso. Por lo tanto, debía retener la documentación hasta que pagásemos una multa cuyo valor era exorbitante. Inútil fue explicarle mil veces que no conocíamos el procedimiento y que hasta ese momento habían sido los guardas quienes habían completado la fecha de los boletos. La discusión se extendió por más de una hora. Dika, por experiencia o diversión, nos alentaba a no ceder. El guarda, agotado, decidió cerrar la controversia amenazando con bajarnos del tren en la próxima parada, cuyo nombre era irrecordable, pero se trataba en esencia del gélido centro de la nada húngara. Agotadas las instancias de argumentación, le dijimos que muy bien, pagaríamos la desgarradora multa, pero que luego de una hora de discutir con nosotros sabía muy bien que no le estábamos mintiendo; éramos de Argentina y no nos sobraba el dinero, como seguramente tampoco le sobraba a él o a sus hijos. Para terminar, le dijimos que debería cargar con esa culpa hasta el fin de los tiempos, dándole un cierre decididamente emotivo a nuestro alegato final. Fue entonces cuando, por primera vez, la mirada del guarda divergió de sus palabras y nos dijo que lo sentía mucho pero así eran las reglas, así que iría por los recibos y regresaría para efectivizar el cobro de la multa.

Mientras esperábamos al guarda que nunca volvería, nos percatamos de que habíamos concentrado la atención de todos los pasajeros del pasillo; o mejor dicho, de las pasajeras, ya que casi todas eran mujeres; y jóvenes. Gino me miró, luego volvió a enfocarse en el pasillo y lanzó una soga visual cuyo extremo quedó anclado en los ojos de una de las chicas, Lumi. Ajustó esa cuerda imaginaria y tiró hasta quedar parado muy cerca de ella. Entonces descubrió que la mirada de Lumi—es decir, Lumi— era dura, resistente y audaz.

Quedaron enfrentados a una respiración de distancia, casi sacándose chispas. Gino le hablaba en español y Lumi le contestaba en su propio idioma, ambos con llamativa determinación. La conexión fluía y parecían entenderse, a pesar de los idiomas incompatibles, o quizás gracias a ello. Él sacó de su bolsillo una pequeña guía de Budapest. Entre otros recursos ofrecía una treintena de frases en húngaro, incluyendo algunas que desafiaban al turista a probar suerte en el difícil arte de la seducción magiar. Le mostró a Lumi la palma de su mano, pidiéndole paciencia, mientras leía la guía en silencio. Todo el pasillo, convertido ahora en una

especie de tribuna, miraba expectante. Los seis pasajeros del compartimento más cercano ya se habían acostado, pero no se privaron de abrir bien la puerta y asomarse desde la cama. Casi como un silencio, el sonido del tren avanzando sobre rieles y durmientes lo había ocupado todo. Mucho antes de estar preparado, Gino comenzó a disparar palabras en húngaro con la ayuda de su pequeña guía, mientras las mujeres del pasillo explotaban en gritos y aplausos. Lumi también reía, mientras alternaba comentarios impenetrables con las mujeres que la secundaban. El show público de cortejo intercultural duró varios minutos. Lumi no retrocedía ni un milímetro y Gino ya no podía acercarse más, así que buscaba una caricia en los brazos o en el pelo, mientras intentaba sin éxito tomarla de la mano.

Lo siguiente —a esa altura podía ser todo— se vio interrumpido por la aparición de una mujer tan joven como las demás, pero muy distinta y muy enojada. Era rubia, con el pelo muy estirado, atrapado en una coleta ajustada por sobre la línea de las orejas. Casi gritando, les ordenó a las chicas que se retiraran a sus compartimentos. Con desgano, le obedecieron. Pude ver los ojos decepcionados de Lumi, quien le dedicó una última mirada de reconocimiento a Gino, le dijo el nombre de un hotel y se fue con la cabeza gacha, casi arrastrando los pies, hasta desaparecer al final del pasillo. Gino me daba la espalda, pero no tuve que verle los ojos para saber que su desencanto era todavía mayor.

No conforme con la liberación del pasillo, la mujer rubia lo encaró a Gino y le ordenó en perfecto inglés que dejara de hablar con las chicas, como si cualquiera estuviera en condiciones de entrar por la ventana y prepotear a un porteño de ley. Gino me miró y luego, en argentino puro, le preguntó «¿y vos quién carajo sos?», con toda la ayuda sentimental que fue capaz de concentrar en sus manos y en su cuerpo. La mujer rubia volvió a la carga con su sermón mientras Gino se transformaba en una incapacidad de aceptar hecha gestos: negaba con la cabeza, se tomaba el rostro con las manos, se mordía los labios y revoleaba los ojos hacia el techo. «Mirá querida, vieja tengo una sola y está en Liniers, así que tomatelás, rajá, chau», devolvió las órdenes, mientras estiraba el brazo señalando el final del corredor. Resultó imposible saber si la mujer rubia había entendido algo, pero no que se retiró gritando en alemán cosas poco bonitas.

El pasillo había quedado desierto. Me acerqué a Gino y fue poco lo que pudimos comentar sobre lo ocurrido, ya que uno de los pasajeros que había presenciado el show desde su cama se había levantado para conversar con nosotros. Se presentó como Rapha y estaba feliz, sonriente. Como buen suizo, hablaba español y varios otros idiomas. Lo miró a Gino por unos segundos, encandilado, como si estuviera ante una leyenda que de repente se hacía realidad y se le volvía accesible. «Eres todo lo que me contaron de Buenos Aires», confesó por fin casi emocionado. Se ganó nuestro cariño con facilidad y conversamos con él casi una hora, hasta que un pasajero de sueño impaciente nos pidió silencio. Lo despedimos con un abrazo y nos fuimos a nuestro compartimento.

Dika, Malina y Rozi estaban despiertas, conversando, o tal vez esperando. Nos miraron de una nueva manera que no llegué a comprender del todo. Sin demasiados rodeos, Dika intentó decirnos algo, ayudándose con las manos. Nos señalaba a todos y luego golpeaba la parte superior de un puño contra la palma de la otra mano. Nos estaba proponiendo sexo grupal. Lo miré a Gino. Actuando sin inocencia, le dije a Dika que nos parecía una excelente idea, me saqué la remera y traté de avanzar sobre ella. Me detuvo con la punta de su dedo índice sobre mi pecho y me aclaró, gesticulando, que pocas cosas son gratis en la vida. Volví a mirar a Gino. «No, no... nosotros no vamos a pagar... en todo caso, ustedes deberían pagarnos...», contraataqué en inglés, con una media sonrisa, mientras lentamente me volvía a poner la remera y Dika, quizás

decepcionada, trataba de reencarrilar la negociación por medio de más señas, ofreciéndome quizás un gran descuento. Mi intransigencia la hizo buscar a Gino, quien sonreía a mi lado. «No, no... somos latin lovers... podemos hacerlo sin dinero de por medio, pero no vamos a pagar...», confirmó también en inglés. Dika miró a sus compañeras y hubo una breve e incomprensible deliberación. Cuando se pusieron de acuerdo, Rozi apagó la luz.

La policía suiza fue la responsable de despertarnos a la mañana siguiente. Nada de lo ocurrido durante la noche me había distraído de dormirme abrazado a mi mochila. El tren estaba parado en la frontera y los oficiales suizos pasaban a controlar los pasaportes. Todo estaba bien en nuestro compartimento, pero se escuchaba cierto tumulto en el andén. Como la demora se extendía demasiado, salimos con Gino al pasillo a mirar por la ventana. Había media docena de oficiales suizos, tres guardas, unas veinte chicas y la siempre enojada mujer rubia. El diálogo principal se daba entre un oficial suizo y el guarda que nos había olvidado o perdonado la noche anterior. La inexpresividad gestual de los hombres nos impedía adivinar si estaban de acuerdo o no, aunque recordando la última mirada del guarda, y por simple oposición al oficial suizo, presumí que no lo estaban. Tras varios minutos de contemplar el operativo, se nos volvió claro que la veintena de chicas no cumplía con las condiciones necesarias para cruzar la frontera hacia Suiza. Me parecía increíble que las personas pudieran embarcarse en ese tren durante la noche sin contar con la mínima seguridad de poder cruzar la frontera. Mis preguntas no paraban de multiplicarse. La conversación de los hombres se desarrollaba alimentada por la intervención recurrente de otros oficiales, las llamadas a través de los handies y la malhumorada mujer rubia. Hundido en el silencio, no sabía si desear que las chicas pudieran cruzar la frontera o no. Lo miré a Gino: él tampoco sabía.

Finalmente, las chicas no pudieron continuar con el viaje y las vimos alejarse desde el tren, el cual retomó su camino hacia Zurich, corriendo desde ese momento sobre territorio suizo. Dika, Malina y Rozi habían vuelto a la cama tras el chequeo de sus pasaportes y dormían apacibles, ajenas al conflicto de la frontera, como si no tuviera nada que ver con ellas o como si fuera parte de la normalidad de sus viajes. Para no despertarlas, desayunamos con Gino en silencio, buscando encastrar las piezas del rompecabezas que ahora, desde el presente, parece presentarse tan claro.

Llegamos a Zurich con sentimientos encontrados. Despedimos a nuestras compañeras con un beso que sabía a abandono, a impotencia. Dejamos rápido la estación, como escapando. Caminamos con determinación, más para alejarnos de allí que para llegar a nuestro departamento, ubicado en una de las tantas construcciones homogéneas que poblaban la calle Hardstrasse.

El día fue largo, insustancial y un poco triste, como una espera. Tal vez ingenuos, esa misma noche fuimos en busca del hotel cuyo nombre había sido la despedida de Lumi. No fue difícil encontrarlo, pero no conocían allí a ninguna Lumi, ni a ninguna chica húngara, ni a nadie. La interminable historia del tren había terminado, al menos hasta hoy. La literatura es, a veces, una forma de resistir los finales.

Sepultada la deseable aventura de Lumi, nos resignamos a recorrer Zurich del modo recomendado, razonable. Caminamos por sus calles grises, ordenadas, perfectamente mantenidas, las cuales llevaban de una u otra forma a las aguas claras del río Limago. Visitamos las pacíficas iglesias de San Pedro y de Fraumünster, cuya traducción al español nunca había sido del todo resuelta. Saboreamos el famoso chocolate y admiramos la eficiencia del sistema de transporte. Contemplamos desde el lejano mirador de Ütliberg cómo el bello paisaje de lagos y

suaves colinas abrazaba la ciudad.

Zurich se presentó ante nosotros de manera amable, silenciosa y civilizada. No pudo, sin embargo, escondernos su costado secreto y primitivo, brutal y negro, bestialmente hambriento de Dikas, Malinas, Rozis y Lumis.

El duelo

Alexei tenía diecinueve años aquel día de diciembre. Se levantó temprano, con tiempo suficiente para tomar el mismo desayuno de siempre y llegar a tiempo al lugar pactado. Pensó en desistir, pero no por temor a morir, sino por el extremo cansancio que lo venía agobiando durante los últimos meses. Deseaba ante todo quedarse acostado, a salvo del doloroso mundo exterior.

Se puso de pie, se envolvió en su manta y se sentó frente al pequeño calentador. Quedó allí, inmóvil, durante varios minutos. Cuando por fin reaccionó, calentó el agua y preparó un té. Lo bebió acompañado de unos pedazos de pan duro. Al terminar, tomó el espejo y se miró en él. Vio la melena desarreglada y la barba crecida. No encontró, en cambio, nada que valiera la pena, nada que lo empujara a la cobardía.

Su vida era una cruz. En sus propias palabras, estaba «todo lo enfermo que se podía estar». Un estado tan terminal como lleno de oportunidades. La primera de ellas, El Final.

Caminó hasta la ventana y miró a través de ella con un gesto más desganado que reflexivo. La planicie de la ciudad solo le permitió ver las otras casas del barrio. Por contraste, recordó el desnivel de su ciudad natal, Nizhny Novgorod, proveedora de vistas mucho más generosas, que invitaban a soñar. Sintió una inusual nostalgia por aquel lugar que nunca había llegado a apreciar. Cuando no pudo demorarse más, se calzó el abrigo. Ordenó la habitación y cerró la puerta con la instintiva esperanza de regresar.

Caminó hasta el Río Kazanka con lentitud y resignación. El río avanzaba calmo, silencioso e imparable, como la muerte. Miró hacia el oeste y pudo divisar el Kremlin de la ciudad, con la escalonada Torre de Siyumbiké destacándose. Luego miró hacia el este, donde su adversario, el amanecer y El Final lo estarían esperando.

El frío ya se hacía sentir en Kazán, aunque lo peor estaba todavía por venir. Siempre había sido así, pero no lograba acostumbrarse. Peor, lo detestaba con todo su ser. Ese odio tan visceral se había convertido en su última ancla, en su más decidida esperanza. Si El Final llegara a aplazarse, no lo dudaría, dejaría atrás todos los encierros y partiría rumbo a cualquiera de los sures: Caucasia, Italia... no importaba realmente.

El camino se abría a lo largo de la margen sur del río. La posibilidad cierta de su último día le hizo ver todo más brillante y pudo percibir muchos detalles que hasta ese momento había pasado por alto, como la superficie escarchada resquebrajándose o las duras caricias del viento. La luz iba ganando terreno. Se hizo más evidente que las densas nubes de color casi negro amenazaban con desatar una lluvia o una nevada, aunque en el horizonte el cielo se percibía claro en todas las direcciones. No creía en lo inexplicable, pero aun así cedió a la tentación de ver en la composición climática un buen augurio, como quizás lo hizo también su adversario en algún otro punto de la ciudad.

Bajo la apariencia de sentido común, el miedo arribó finalmente a la escena. Tuvo que reconocer que el duelo no resolvería nada, para nadie; todos saldrían perdiendo; pero ya no había margen para retroceder. El hombre que lo miraba desde un punto más alto en la colina ni siquiera imaginó que Alexei, con su paso cansino y monótono, podía estar dudando. Poco puede el miedo a la hora de detener al destino.

No. Como siempre, no se trataba de aquella mujer, ni del honor, ni de la palabra empeñada. Necesitaba de este momento crítico para liberarse. Y con cualquiera de los desenlaces, la liberación llegaría.

Llegó al lugar, donde su adversario ya lo estaba esperando. Sintió una rara satisfacción: las historias las prefería de a dos. Caminó hacia él y, cuando estuvieron enfrentados, se dieron la mano con firmeza, buscando ganar el duelo por adelantado. Acordaron que la disputa sería privada, sin testigos ni denuncias. El ganador se marcharía y, de manera anónima, daría aviso a la policía. Como ya habían convenido, las armas serían iguales y efectuarían un único disparo. Estrecharon las manos otra vez y el código de honor quedó establecido.

Desde ese momento, todo ocurrió más allá de su voluntad. Se vio a sí mismo construyendo el desenlace de un enorme sinsentido que, sin embargo, era incapaz de detener. Se vio caminar lentamente y tomar posición, relajar su cuello, respirar profundo, cargar su arma. Se vio, en definitiva, volverse un personaje incomprensible y estulto, como aquellos con quienes había compartido su vida breve y dura. Esos que tanto lo habían fascinado y había creído imposible ser.

El desenlace le pareció breve, sorprendente y, solo un poco más tarde, doloroso. Cayó de rodillas, con las manos cada vez más rojas tomándose la parte baja del pecho, para luego quedar tendido sobre la nieve. Pudo ver a su adversario correr hacia él, apretarle el hombro en inequívoca señal de apoyo y salir corriendo hacia el oeste. También pudo ver El Final acercársele despaciosamente.

El dolor y el frío crecieron. Pero su libertad lo hizo más, hasta alcanzar la plenitud. Definido lo fundamental, solo restaba saber si viviría o no. Dos oficiales de la policía llegaron para intervenir en ese esclarecimiento. Lo cargaron en uno de sus caballos y lo llevaron hasta la (anaranjada) casa de Fedorovsky, un reconocido médico que vivía a unos pocos minutos de allí.

Fedorovsky creyó estar ante uno de esos casos en los cuales la recuperación del paciente se decide en lo más profundo de su alma. El médico cumplió con su parte y aplicó el procedimiento recomendado, el cual se demostró efectivo luego de unas pocas horas. Cuando Alexei despertó, los policías procedieron a interrogarlo, pero solo obtuvieron respuestas evasivas disfrazadas de dolor. El experimentado médico requirió a los policías un momento a solas con el paciente. Tras unos pocos minutos, salió de la habitación para comunicarles que se había tratado de un «equivocado pero necesario intento de suicidio». Los policías se miraron por un instante. Desinteresados en la verdad inconducente, tomaron nota en el reporte y dejaron el lugar.

El hotel

Para Vili.

Nos reencontramos a orillas del Danubio, junto al mágico Puente de las Cadenas (cuyo nombre oficial es Széchenyi lánchíd). Por el color sepia del ambiente, que tenía además un sutil tinte violáceo, intuyo que el atardecer nos alcanzaría pronto. A juzgar por cómo vestíamos, es probable que se tratara de un otoño incipiente.

Llegaste muy tarde, aunque ni siquiera me di cuenta. Nos abrazamos con sentimiento durante lo que me pareció un largo par de minutos. La conversación transcurrió cargada de dulzura, mientras todo a nuestro alrededor parecía haberse detenido en el tiempo. No sin caricias, comenzamos a reconstruir la intimidad que alguna vez habíamos tenido.

Yo había ido hasta Budapest para verte. Al parecer, te había extrañado mucho. Todo sugería que no era la primera vez que nos encontrábamos en la ciudad y que alguna vez habíamos sido felices allí. Y cuando digo todo, me refiero a tus ojos tan especiales, siempre tan llenos de brillo.

Luego de muchos años en tu amada Sofía, te habías mudado a Budapest. Vivías en el barrio donde siempre habías deseado hacerlo, sobre el lado oeste de la ciudad, no lejos del Castillo de Buda. Yo no recordaba que hubieras mencionado ese deseo alguna vez, pero estoy seguro de que así era.

Querías mostrarme algo, una sorpresa. Caminamos unas pocas cuadras tomados de la mano, alejándonos del río hasta llegar a tu auto. Sin dudas era rojo, pero lo recuerdo azulado. Te notaba más determinada, o impaciente, o con menos tiempo (o quizás todo era lo mismo).

Nos dirigimos rumbo al norte, no lejos del centro. Buscábamos «el hotel», según me comentaste con naturalidad. La idea de «el hotel» me resultaba familiar, aunque no terminaba de entender su significado, ni la razón por la cual íbamos a su encuentro. Cuando estábamos llegando, me lo señalaste: un hotel muy grande, sobre una ladera, del otro lado del Danubio. Era imponente, como lo es casi todo en Budapest, aunque me recordaba al Edificio del Archivo Nacional. Y tenía un tejado multicolor, zigzagueante, como el de la Iglesia de San Matías.

Supe que en el pasado habíamos buscado «el hotel» con insistencia, pero nunca lo habíamos encontrado. No recordaba —ni recuerdo— por qué. Supe también que la razón de esa búsqueda estaba en la frase inscrita en el frente de la edificación, justo debajo del techo.

Yo podía ver la frase, pero no podía —ni podría nunca— saber lo que decía.

Nos miramos con complicidad, como si yo también hubiera comprendido el significado de la frase. Me sorprendió que contempláramos «el hotel» durante varios minutos, en silencio, quizás con el temor de no volver a verlo (o peor, de no volver a verlo juntos). También en silencio volvimos al auto y emprendimos el camino de regreso hasta tu departamento.

Habías preparado una comida con un intenso y delicioso aroma eslavo, aunque no sabría decir qué era ni tampoco cómo se veía. Terminabas de prender la última vela, que anaranjó toda la escena, cuando te tomé con fuerza por detrás. La cena se pospuso, necesaria e indefinidamente, porque nos abrazamos, nos besamos y nos amamos, con desesperación, hasta que las velas se consumieron. Luego, cuando la oscuridad fue completa, todo se volvió negro para siempre.

El aplauso

Para Jakun.

Hace justo treinta años, en 2016, yo estaba sentado donde ahora están ustedes. En ese entonces, tenía solo veinte años de edad. A mi lado, había tres jóvenes extranjeros algo mayores. Luego de una breve conversación casual, supe que eran dos argentinos y un coreano. Por la cercanía geográfica yo había conocido otros coreanos, pero era la primera vez que veía un argentino. La relación entre ellos parecía muy buena, aunque tuve la impresión de que el coreano no disfrutaba de la compañía de los argentinos en momentos como los que describiré a continuación.

En este lugar, desde donde les hablo ahora, estaba el Presidente. Se disponía a ofrecernos el discurso de apertura de un evento dedicado a los jóvenes universitarios de esta institución, como ustedes. El lema del evento era «Haz oír tu voz».

El Presidente había estado ejerciendo su cargo por más de treinta años, en un sistema que poco tenía de democrático. Y era quizás por eso que se lo trataba con reverencia (tras la cual, casi siempre, se esconde el temor) y se toleraba la monotonía de sus discursos. Carentes de la más mínima empatía con el público, esos discursos podían llegar a durar hasta tres horas, por más insignificante que fuera el evento.

Ese era el contexto cuando el Presidente comenzó su discurso y todos nos preparamos para escucharlo durante un largo tiempo.

Tras quince minutos de discurso, era evidente que ya nadie estaba escuchando al Presidente. Y también que esto, a él, no le importaba en absoluto.

Sin embargo, los argentinos a mi lado comenzaron a dar muestras de impaciencia. Primero removiéndose en sus asientos, luego conversando entre ellos y finalmente riendo. Recuerdo que repetían la frase «Vamos redondeando, querido» (un argentinismo que refiere al pedido de terminar una exposición) y eso les causaba mucha gracia.

A los veinte minutos de comenzado el discurso, el argentino que estaba a mi lado comenzó a rellenar el formulario de satisfacción. Poco pareció importarle que la jornada recién comenzara. A la pregunta sobre el puntaje del evento, respondió calificándolo con un cuatro. A la hora de justificar ese número, completó el área de texto con el siguiente mensaje: «La apertura del Presidente ha sido demasiado extensa y carente de interés». Teniendo en cuenta que no hablaba el idioma, la justificación me pareció de una audacia considerable. Es cierto, sin embargo, que la simple observación del público —todos estaban con sus teléfonos celulares— la justificaba. A los pocos minutos, decidió reforzar el argumento: «El mensaje del Presidente ha ido en dirección contraria al lema del evento». Alejó la hoja, la miró con satisfacción y la guardó con mucho cuidado en su carpeta, como si se tratara del documento más importante de todos los que tenía.

A los cuarenta minutos de discurso del Presidente, el otro argentino (que tenía una camiseta azul y roja) comenzó a explicarle a su compatriota algo que, a juzgar por su abundante lenguaje gestual, parecía un plan. Y uno que involucraba a todos los estudiantes que los rodeábamos, ya que luego de terminar con su compatriota, comenzó a brindar disimuladas instrucciones al coreano y a todos los que lo rodeaban. El primer argentino hizo lo propio, en este caso incluyéndome a mí:

—Cuando el Presidente vuelva a hacer una pausa, empezamos a aplaudir. Y no paramos hasta que se vaya— me dijo, con el pulgar en alto y una expresión facial de optimismo

(levantando las cejas y moviendo afirmativamente la cabeza) que no daba lugar a una negativa.

En efecto, el Presidente hacía una breve pausa cada unos diez minutos, tomaba un sorbo de agua y continuaba.

Cuando la primera de las pausas esperadas llegó, los argentinos comenzaron a aplaudir con determinación. Más por la incomodidad de dejarlos solos que por el deseo de sumarnos a esta idea casi adolescente, los estudiantes vecinos los seguimos. Y el resto, de tan distraído, nos siguió por inercia. El aplauso sorprendió al Presidente, pues no había dicho nada relevante. Primero abrió los ojos mirando al público y luego buscó explicaciones entre sus asistentes, quienes también se miraban perplejos.

El aplauso, además, se extendió más de lo normal. Cuando comenzaba a decaer, los argentinos aplaudían con más fuerza y arengaban por lo bajo al grito de «Vamoooo» (una expresión argentina muy informal de aliento), lo cual empujaba el coraje de los estudiantes a su alrededor. Cuando la incomodidad de los estudiantes fue más grande que el aliento de los argentinos, el aplauso cesó y el Presidente continuó con su discurso.

Los argentinos nos felicitaron por lo bajo e hicieron una seña (moviendo el dedo índice de manera circular y la cabeza afirmativamente) que todos interpretamos como «cuando haga la pausa, lo hacemos de nuevo». Mientras tanto, el coreano hundía la cabeza entre sus manos y la meneaba en franco gesto de desaprobación.

Así lo hicimos una decena de minutos más tarde, cuando el Presidente hizo su esperada pausa y tomó agua. Un enorme aplauso con epicentro en los argentinos estalló y se tornó incómodo mucho antes, ya que era en realidad una continuación del anterior. A pesar de ello, el aplauso logró extenderse por un tiempo todavía mayor. La incomodidad del Presidente y sus asesores se hizo evidente. También el miedo en algunos estudiantes. El aplauso, finalmente, cedió.

El Presidente retomó su discurso, pero su voz se notaba tensa y exhibía una mayor propensión a cometer errores. Los murmullos crecían a medida que pasaban los minutos y no hacía la pausa que todos estábamos esperando. Tras veinte minutos sin detenerse, el Presidente no pudo más y tuvo que realizar el esperado descanso. Entonces, el aplauso volvió a explotar y esta vez se extendió durante más del doble de tiempo que el anterior.

El aplauso solo se detuvo cuando unos cinco responsables de seguridad se dirigieron hacia el final de la sala y exigieron a los argentinos que los acompañaran afuera del recinto. Los argentinos se negaban a ponerse de pie y, cruzados de brazos, pedían explicaciones sobre el motivo por el cual se les hacía ese requerimiento. En una jugada arriesgada, dijeron que solo aceptarían órdenes impartidas por la policía. El acto permaneció interrumpido, con cientos de estudiantes, algunos funcionarios y el mismísimo Presidente mirando perplejos la tensa discusión y un incipiente forcejeo. Minutos más tarde, llegó la policía. Luego de repetirse los pedidos de explicaciones, que nunca llegaron, los argentinos aceptaron dejar la sala. En un gesto de notable nobleza, el coreano se retiró voluntariamente junto a ellos.

Escortados por la policía, los tres extranjeros se encaminaron hacia la salida ante la mirada atónita de todos los presentes. Entonces, una fuerza interior que yo desconocía hasta ese momento se apoderó de mí. Era mi destino. Sin ninguna posibilidad de elegir, comencé a aplaudir. Mis compañeros me miraron sorprendidos, pero entendieron con rapidez y se sumaron. El aplauso ya no sonaba a diversión, sino a exigencia de terminar con todo aquello. Era firme, duro y monocorde como los discursos del Presidente.

Tras un par de minutos, el Presidente entendió el mensaje por completo. Lleno de furia, dio

un golpe de puño sobre el atril y se fue insultando, seguido por sus asesores.

Cuando todos los funcionarios ya habían desaparecido, el aplauso se tornó jovial y festivo. Los estudiantes sumaron gritos y algunos cánticos. Mientras la celebración se extendía, nos mirábamos con incredulidad y cada mirada encerraba un reconocimiento.

Como una catarata, las lecciones se me vinieron encima, una tras otra. Esas lecciones son las que quiero compartir hoy con ustedes.

No acepten los sermones ni los discursos unilaterales. No ofrezcan reverencia ni, mucho menos, temor. Resistan con inteligencia, con originalidad y hasta con regocijo. Un aplauso también puede ser un acto de rebeldía. Pidan explicaciones y no cedan hasta obtenerlas. Pregunten, siempre pregunten. No dejen solo al justo, al que tiene razón. No hablen demasiado y, en cambio, escuchen con atención a los demás.

Como Presidente de esta gran Nación, les propongo que, hoy y siempre, con más hechos que palabras, hagan oír su voz.

El día más triste de mi vida

Tengo imágenes claras de aquella época, aunque un poco mezcladas, como en un documental a medio hacer. El contexto se me presenta, además, borroso. Digamos que tenía unos diez años. O digamos algo más preciso: todavía podía sentir la ansiedad previa a un partido de fútbol, jugar sin pensar en el tiempo y alentar a mi equipo con pasión. Eran los tiempos en que jugábamos al fútbol en una especie de potrero, un claro de tierra en el medio de una plaza que en ese entonces me parecía grande. Hasta allí llegaban los muchachos del barrio (muchas veces con sus familiares), a muchos de los cuales solo conocíamos por sus apodos. También jugaban mi hermana y él.

Fue en uno de esos partidos cuando tuve que enfrentar una nueva realidad. Yo había comenzado a jugar mejor que él, a pesar de haber sido justamente él quien me había enseñado a jugar. Me negué a aceptarlo. Esa agobiante batalla contra lo inevitable se extendió durante muchos partidos, en los cuales yo bajaba mi nivel de juego de manera deliberada, tratando de que mi nueva superioridad no quedara en evidencia. Sin embargo, esa forma de (no) jugar se demostró insostenible y a fuerza de tiempo tuve que resignarme a que las cosas habían cambiado. El nuevo estado de cosas se fue volviendo normalidad y se extendió paulatinamente hacia el futuro. Años más tarde, casi sin darme cuenta, ya no había partidos en la plaza ni partidos con él.

No fue ese, sin embargo, el día más triste de mi vida.

Muchos años después, aquel sinsabor que creía extinguido decidió regresar, con otro rostro pero con la misma aspereza. Él sufrió un accidente del cual nunca se recuperaría por completo y tuvo que ser operado de urgencia. Por primera vez, me sentí a su cargo. Entonces, además de sentir el dolor por su sufrimiento, me sentí egoístamente solo, desprotegido y con ganas de llorar, como me siento ahora mientras buceo en el recuerdo de esas sensaciones.

También comprendí que se puede ser feliz aun dentro de un profundo estado de tristeza. Por eso me alegré, a pesar de todo, de poder estar a su lado en aquel momento de necesidad e intenté darle, por una vez, la seguridad que él siempre me había dado. Por fortuna, pudo sobreponerse a la operación, aunque algo había cambiado para siempre... y tenía un sabor decididamente amargo. También aquella vez, como todas las veces, lo ineludible se convirtió en normalidad. Pero las segundas veces siempre traen una lección que no traen las primeras ni las terceras: la posibilidad de la repetición.

No fue ese, sin embargo, el día más triste de mi vida.

El día más triste de mi vida todavía no ha llegado. Pero es tan doloroso que ya puedo sentirlo.

El término

«La explicación de por qué le perdono todo reside en mi amor por ella... pero cuál es la explicación de mi amor por ella, realmente no lo sé.»
Antón Chéjov

I

Amo a Claire. Es ella, en cambio, la que no me ama. O quizás me ama como puede, a su manera, de un modo transaccional, eficiente, capitalista. O quizás no puede amarme (o amar), pero lo intenta. En cualquier caso, ella expresa su amor (que no sé si es amor) de una forma tan extraña para mí, tan ajena, que me resulta incomprensible. A veces me siento un huésped, un invitado a su vida, que se adapta al perfil teórico de hombre que ella desearía tener a su lado. O como una pieza, a veces deseable, a veces necesaria, dentro de su tablero de ajedrez. Eso, su amor, tiene contornos sofisticados, sutiles e inexpresivos. Tiene el cuerpo de la formalidad, de la planificación, de la eficacia, acaso las formas en que su amor ¿logra, intenta, puede? manifestarse. Y a pesar de todas estas pistas, de todos estos caminos que confluyen hacia un mismo punto, me cuesta entender la realidad, la cual no está a la vista porque hay un manto, a veces hecho de lo opuesto, que busca cubrirla. Pero debe haber un modo de resumir todo esto, de lograr transmitirlo sin tantas consideraciones, sin tantas vueltas. Lo hay. Es el término.

II

No es fácil amar a Claire, pero lo hago y no me sorprende. Es inteligente, hermosa y tiene un temperamento fuerte que a veces acepto como personalidad. Es una mujer de acción e ideales. Podríamos hacer grandes cosas juntos si tan solo nos comprendiéramos un poco más, si tan solo quisiéramos comprendernos un poco más. Y yo quiero, porque compartimos algo muy especial: nuestra negación a aceptar los términos de la realidad. O eso, al menos, es lo que quiero creer.

Si tuviera que sintetizar a Claire en una sola palabra, sin lugar a dudas utilizaría el término. Si esa posibilidad me fuera vedada, entonces diría que es una mujer dura, como una redondeada piedra de río, con todo lo bueno y todo lo malo que la dureza tiene para ofrecer. Una dureza racional que cubre un corazón tan sensible como postergado, con la cual choco sin remedio mucho más de lo deseable. Y de lo que nuestra relación puede tolerar.

Solo una vez mencioné el término a Claire, al pasar, cuando todavía le hablaba de manera espontánea y despreocupada. Cuando no había caído en su lógica. Lo hice mucho antes de creer que el término era la mejor manera de definirla, como lo creo ahora. Fue el único modo de describir con precisión lo que ocurrió justo después de uno de los momentos más importantes de nuestra relación: la primera vez que hicimos el amor.

Todo ocurrió en aquella ciudad del Norte, tan cómoda y funcional para todos, especialmente para ella. Quizás fue nuestro amor por los viajes en tren lo que nos llevó a encontrarnos en la estación central, a la seis de la tarde. Claire llegó con planificada impuntualidad. Caminamos y nos sedujimos sin prisas, bajo la tenue luz de un sol otoñal que se despedía entre las modernas torres del distrito financiero. La noche nos alcanzó y, con ella, la cena. Nos fuimos dejando envolver por la confidencia, las miradas y el humo de los estudiantes que atestaban el lugar, uno de los bares más tradicionales de la ciudad. Ya en su casa, el primer beso nos llevó a la cama, donde nos amamos con ardor y ansiedad.

Empapados en sudor, no fue difícil disponernos al placer renovador de una ducha caliente. Ella lo hizo primero. Cuando salí del baño, listo para dormirme a su lado, tuve que adaptarme a

un cambio de planes: ella me pidió que durmiera en el sofá. Estando en su casa, tenía todo el derecho a pedírmelo y mis épocas de ingenuidad habían terminado hacía ya mucho tiempo, pero aun así me sorprendió. Mientras miraba el sofá buscando respuestas, intenté convencer a mi decepción de que nuestra soledad allí no sería tan mala. No podía entender cómo Claire era capaz de interrumpir de ese modo la magnífica conexión que habíamos logrado. No tenía ninguna duda, ni la tengo ahora, de que había sido mutua.

Así se lo revelé tiempo después, cuando volvimos sobre los detalles de aquella noche. Yo seguía sin comprenderlo. Fue en ese momento cuando utilicé el término, por única vez. Agregué que quizás se trataba de diferencias culturales. No era la primera vez que experimentaba este tipo de comportamientos en aquellas tierras centrales, donde el pragmatismo gobernaba sobre los símbolos y la vida tendía a reducirse, sin conflictos, a un puñado de argumentos. En esas regiones, después de todo, yo había presenciado largos debates sobre la conveniencia o no de tener hijos, en los cuales las posiciones se sostenían con sumas y restas de tiempo, dinero y desarrollo profesional. Más sorpresa que la escena del sofá, ahora lejana, me despertó su desproporcionada reacción ante mi punto de vista. Al borde de la ira, me explicó que su modo de actuar no le resultaba para nada extraordinario y que no era la primera vez que enviaba a alguien al sofá o era ella la enviada. No me contestó cuando le pregunté cómo se había sentido al estar en mi lugar. Sin dudas, estaba muy molesta por el uso del término, pero yo solo comprendería el significado profundo de ese enojo mucho más tarde. Lo omitió y llevó su descarga hacia mi «generalización» sobre los comportamientos humanos en aquellos países invernales. Como si las culturas no existieran o no fueran diferentes. Como si pudieran explicarse esas diferencias sin hablar en términos generales. Como si pudiera negarse —usé un doloroso ejemplo de mi propia tierra— que en Latinoamérica hay una cultura machista que mata.

La tensión llegó a tal punto que debimos interrumpir un debate que se había vuelto abrasivo y lacerante. Solo hacia la mitad del día siguiente pudimos recuperar cierta normalidad y durante las horas que siguieron me dolió comprender que habíamos desperdiciado la preciosa oportunidad del conflicto para acercarnos y enriquecernos.

La tendencia de Claire a la irritación temprana y explosiva fue la nueva sorpresa que encontré entre mis manos y, por desgracia, la encontraría cada vez con mayor frecuencia. Tampoco sería la última vez que dormiría en ese sofá, uno de sus tantos recursos, sutiles o no, para imponer condiciones.

Ella rechaza, en definitiva, la complicidad que le propongo. Prefiere, en cambio, un imperio. No sé, todavía, si se trata de una diferencia personal o cultural.

III

Las discusiones con Claire son difíciles. Ella las considera innecesarias, una pérdida de tiempo. Derivan rápidamente en callejones sin salida, escenario ideal para que la tensión crezca. No cree que valga la pena dedicar energías a comprender y limar nuestras enorme diferencias personales y culturales. Es mejor ignorar, olvidar y avanzar. A fin de cuentas, el tiempo es escaso. No es extraño, entonces, que busque cerrar las discusiones unilateralmente: «Esto es así, no hay nada más que hablar, acéptalo y se acabó». Si eso no funciona —nunca funciona—, entonces no le escapa a la posibilidad de cerrarlas con un portazo. A la hora de abrirlas, Claire suele advertirme que no debería enojarme por lo que está a punto de decirme, algo que nunca ha ocurrido. Al fin y al cabo, enojarse es la manera más clara de admitirse intolerante o falto de argumentos.

Casi siempre hablamos en español, excepto cuando discutimos. En ese caso cambiamos al

inglés, por iniciativa mía, para aportarle neutralidad y fluidez al intercambio. Además de su propio idioma, Claire habla un excelente inglés y un español muy bueno. Sin dudas, ella preferiría discutir en español, pero en los hechos se trata de un obstáculo a la hora de expresarse que prefiero que evitemos para no complicar aún más las cosas.

Nuestras deslucidas discusiones son solo una de las aristas de nuestros problemas de comunicación. No tenemos inconvenientes cuando se trata de intercambiar información de aplicación práctica, como horarios, lugares o pasajes. Inclusive, ella toma la iniciativa. Quizás el único problema sea que toda esa información me resulta secundaria. Las cosas se complican cuando nos alejamos de las costas de lo concreto y no es extraño que Claire ignore mis conversaciones sobre libros, ideas o sentimientos. Si andamos en bicicleta, prefiere la velocidad a la conversación. Cuando estamos de viaje, no responde mis mensajes. O lo hace con una completa lejanía, como si la distancia física se trasladara a nuestra conversación. Y no es que yo sea un tipo pesado. Ocurre que ella está muy ocupada. Con mucho trabajo. Y solo le gusta contestar bien. Y quiere hacerlo en español, para practicar el idioma. Lo cual le demanda tiempo, tranquilidad y concentración. De lo que carece. Por eso no me contesta.

Cuando hablamos sobre nuestra relación y nuestros sentimientos, Claire «evalúa» cada uno de los aspectos que le preocupan. Si es un momento difícil, me informa que no está dispuesta a «invertir sentimientos» en vano. Cree que nuestros conflictos se deben, en buena medida, a mi irresponsable práctica de «juegos de poder». Para ella, nuestra relación puede pasar «de cien a cero» en un parpadeo; si los períodos son más largos, dibuja en el aire la evolución en el tiempo de esos puntajes, mediante curvas funcionales que suben y bajan, con picos en alguna pelea o reconciliación. Claire no estudia matemática, ni economía, ni nada que se parezca a una ciencia exacta. Por suerte. Ella es consciente de todo esto y lo admite, con un orgullo que no puedo creerle. Se autodefine como una persona «práctica» y «nada romántica» a la hora del amor. Gracias por aclararlo, Claire.

A la hora de «gestionar su tiempo», Claire tiene siempre una agenda a mano, lista para ser consultada o rellenada. Es como una extensión de su cuerpo, casi un órgano. A veces, ese pequeño cuaderno parece latir. Refleja en ella su vida optimizada, llena de eventos laborales y sociales que pueden estar fechados a más de un año de distancia. Durante la época de éxtasis, el verano, no es imposible que debamos reservar un momento para ir a caminar, quizás la próxima semana. No hay lugar en su agenda para la intimidad (que no tiene por qué ser física), esa actividad tan improductiva. Su vida social está mucho más nutrida que la mía, lo cual no representa un gran mérito... después de todo, soy un escritor. Eso no significa que esté menos sola (hasta quizás lo explique), como muchas de las personas que encontramos en todos esos eventos a los cuales asistimos. Ni siquiera yo logro penetrar esa soledad que ella confunde con independencia. En definitiva, las agendas, como los presupuestos, son la mejor forma de expresar prioridades. Y tenemos prioridades muy diferentes. Por ejemplo, con relación a la familia o al trabajo.

Claire considera a su familia como un conjunto de individuos adultos que comparten los mismos apellidos, casi una cuestión administrativa. Deben hacerse cargo de sus propias responsabilidades, ella no tiene por qué ocuparse de ellos ni de sus problemas. Le cuesta comprender la importancia que tiene mi familia para mí y considera exagerado que la considere una «fuente de amor incondicional».

Como muchas de las personas de su entorno, Claire trabaja mucho y está orgullosa de hacerlo. «He estado trabajando muchísimo» o «Tengo mucho trabajo que hacer» son frases de

cabecera. A menudo trabaja los sábados y siempre lleva consigo algunos materiales de trabajo, por si acaso. Gracias a esa dedicación, tiene una carrera exitosa y está en camino a convertirse en una experta en su campo. Su vida profesional se proyecta sólida hacia el futuro y contribuye con ella al desarrollo de su ya desarrollado país. Y eso me recuerda algo: a ella no le gusta que diga «desarrollado», por ser una palabra que «cristaliza las relaciones de dominación existentes». Como no quiero ser un opresor semántico, me corrijo: su país de alto ingreso per cápita.

El interés de Claire por la política fue una de las cosas que más me entusiasmó cuando la conocí. Por los motivos que sean, ella ayuda con determinación a los más necesitados de la ciudad en la que vive (que no es su ciudad, como no lo es ninguna) y eso tiene para mí un valor incalculable. Es vegetariana y tiene una fuerte conciencia ecológica. Practica un discurso progresista y anticapitalista bastante duro, el cual se nutre de palabras fuertes como «resistencia», pero que no le impide adorar Nueva York y cultivar el secreto deseo de vivir allí algún día. No cae, al menos en mi presencia, en la ingenuidad de proponer el socialismo como alternativa. Para mi decepción, no hemos desarrollado la conversación política. Quizás no le interesa realmente o quizás me considera un interlocutor poco valioso. Después de todo, soy un mero liberal y, tal vez, mi creencia en la igualdad de oportunidades le resulta un tanto ingenua o insuficiente. Cuando por fin establecemos una conversación política, no le gusta que lo hagamos acostados o «en posiciones donde uno predomine simbólicamente sobre el otro»; traducido, que uno esté parado y el otro sentado. Cree que la mayoría de las personas no están preparadas para votar. Porque, como todo el mundo sabe, los únicos preparados para votar son los progresistas.

Como buena progresista, repudia con justicia el nacionalismo y el machismo. Lo hace con devoción, detectándolos y señalándolos todo el tiempo. Y a veces con exageración, como si tuviera la imperiosa necesidad de ser políticamente correcta. Casi todo es nacionalismo desde su punto de vista: señalar una diferencia cultural, mi camiseta argentina de fútbol y los humildes campesinos que celebran un día nacional con ropas típicas. No comprende el amor por el propio lugar, el cual no tiene por qué traducirse en actitudes negativas hacia los demás. Casi todo, también, es machismo: abrirle una puerta, disentir sobre machismo con una mujer y los títulos femeninos que terminan con o. No solo cree (como yo) que las mujeres tienen los mismos derechos que los hombres, sino también que hombres y mujeres son exactamente lo mismo. Cualquier excusa es buena para calificarme como nacionalista o machista, aunque luego termine por admitir, cuando las tormentas pasan y le exijo definiciones, que no, no lo soy.

El entramado de micro-reglas no se limita a nuestra postura física para la discusión política. Por el contrario, se expande de un modo entrópico a todos los rincones de nuestra vida conjunta. Algunas de las micro-reglas, es justo decirlo, hasta tienen su lado positivo, como la obligatoriedad de hacer algo los sábados por la noche. Otras tienen el color de la extravagancia —sobre todo durante el limitado verano—, como tener que permanecer afuera de la casa hasta que caiga la noche. No se trata de enunciados generales, sino de leyes innegociables. Podría enumerar los pormenores de la legislación claireciana hasta invadir toda la historia, pero no tendría sentido. Para resumir, todas estas micro-reglas, juntas, resultan decididamente desgastantes.

El pantano de regulaciones en el que Claire camina con dificultad expone su inflexibilidad, su forma estructurada de ser. Cree que tener una explicación equivale a estar en lo correcto. Y punto. Esto la conduce a la incapacidad de admitir equivocaciones y, por consiguiente, de ofrecer disculpas. Prefiere dejar los contrapuntos irresueltos o aceptar que las dos partes tienen razón, aunque las posturas se contradigan. Solo como un último recurso acepta ofrecer disculpas,

siempre después de mí y nunca por propia iniciativa. Cuando lo hace, casi nunca son genuinas (no podría exigirle tanto), sino más bien un recurso práctico para finalizar una discusión que considera demasiado larga. Ama, o necesita, tener el control. Reconoce que «odia las sorpresas» y que la han llamado, en el pasado, «una mujer dominante». Su switch del amor le permite (cree que le permite) decidir sus sentimientos, los cuales pueden cambiar abruptamente con solo un click, como si fueran una lámpara.

A veces, sus ideas sobre la privacidad y la intimidad me confunden. El sexo no significa mucho para ella, algo que comencé a comprender el día de nuestra primera vez. En cambio, compartir la cama (durmiendo, literalmente) le resulta una experiencia mucho más íntima. Sale a correr varias veces por semana, pero no me permite acompañarla, pues «es un momento muy personal y privado». No le gusta que le tomen fotografías. Practica yoga y meditación; a juzgar por los resultados, de manera insuficiente. Tiene, y no me sorprende, problemas para dormir.

Nada de lo anterior le impide creer que es una mujer mentalmente abierta. Y quizás lo sea según su concepción de apertura mental, la cual se limita a tener un discurso políticamente progresista y al ejercicio de la libertad sexual. Sin embargo, esa concepción no incluye la flexibilidad, la tolerancia ni la humildad ante otras formas de ver el mundo o de hacer las cosas, por más pequeñas e insignificantes que sean.

Es Claire una mujer complicada.

IV

Creo que Claire padece una disociación. Se trata del conflicto entre sus razones a cargo y su corazón sometido. Todo para evitar la inconveniencia del sufrimiento. Sin embargo, sus razones saben que no es bueno vivir sin corazón, así que buscan emularlo de una manera artificial que minimice los riesgos. Erigen una fachada a imagen de su corazón que no les exige ceder el control. Este inestable castillo de artificios genera una curiosidad colateral: Claire tiende a ver causas donde hay consecuencias. Entonces confunde el temperamento con la pasión, la cortesía con la bondad o la brutalidad con la honestidad.

El término pone de manifiesto ese conflicto en su totalidad y por eso le duele tanto. Nada de todo lo que pasó entre nosotros, que fue mucho, le produjo un impacto tan profundo como la única vez que lo mencioné. Define con contundencia la forma en que sus razones dirigen su comportamiento, contrario a su corazón. El corazón que me eligió y con el que a veces aún puedo encontrarme. Por eso una parte de Claire trae el recuerdo del término de manera recurrente: es su corazón pidiendo ayuda.

Entonces, de la única forma posible, voy con mi corazón en la búsqueda del suyo, sin cálculos ni especulaciones. Acepto mis defectos, mis errores, mis culpas. Me flexibilizo, más allá de lo razonable. Tomo riesgos y expongo mis sentimientos, ahora cargados de contradicciones. Me vuelvo inconsistente y a menudo me siento un idiota. Dudo. Y en cada paso en falso, sus razones me castigan y no dudan en humillarme.

V

Estoy dispuesto a amar a Claire, a pesar de todo, para siempre. Yo lo sé y ella lo sabe. Pero sus razones no me lo permiten y logran que su corazón se aleje cada día un poco más. Mientras tanto, el término que hay en ella avanza sobre mí y soy incapaz de contenerlo. La situación, lo admito, me supera. Me desgasto, me debilito y me apago. Ella lo percibe, me lo reclama y, como no podría ser de otra manera, me culpa. En mi lugar, se hubiera dejado hace mucho tiempo, quizás el mismo día de la primera discusión. O de la segunda, como en parte lo hizo. Pero no soy como ella y no estoy dispuesto a serlo. Así que resisto, sin futuro, contra la evidencia. No solo

digo que no voy a rendirme, sino que no lo hago. No seré yo quien abandone a su corazón. Será ella quien lo haga, por fin, cuando me deje del todo.

El Informe Picaresco

*Para mi mamá, la profe de literatura,
y mi papá, el ingeniero.*

Podría decir que esta es la historia de cómo se gestó —¿y de cómo murió?— el Informe Picaresco, un género literario nacido a orillas del Río de la Plata. Pero también podría decir que es la historia de sus creadores, dos alumnos de la Facultad de Ingeniería de la Universidad de Buenos Aires (FIUBA) empujados por el destino hasta los límites de la literatura existente. En ninguno de los dos casos faltaría a la verdad.

Se hace indispensable una breve biografía de los alumnos. Venidos de las márgenes de la Ciudad de Buenos Aires, viajaban hasta dos horas para llegar a la sede principal de la FIUBA, ubicada en el nostálgico barrio de San Telmo, escenario ideal para una historia triste como esta. Es posible que en esos largos viajes hayan alimentado sus conocimientos literarios. Además, está comprobado que adquirieron un gran conocimiento sobre el transporte público de la ciudad, volcado años más tarde en algunos escritos informales. El trato cotidiano con el suburbio los hacía ariscos, flexibles y arrojados.

Para ser justo, es necesario reconocer que los alumnos no carecían de aptitudes para la ciencia sino más bien de interés por desplegarlas. Inclusive, algunos ex-compañeros los han calificado como «bastante buenos». Este comportamiento esquivo no es, sin embargo, incomprensible. Después de todo, una persona no tiene que dedicarse a algo tan solo porque es buena en ello. De hecho, ni siquiera tiene que hacerlo porque lo quiere. Y las razones para ello pueden ser muchas, como el sentido del deber, el placer de la rebeldía o la aversión al aburrimiento.

En cualquier caso, estos dos alumnos decidieron innovar en el campo de la Ciencia inyectando una buena cuota de Literatura a los precisos, estáticos y aburridos Informes Científicos. De esta forma, inspirados en la clásica Novela Picaresca, dieron nacimiento a lo que bautizaron como el Informe Picaresco.

La Novela Picaresca es un rico género literario desarrollado en la España pos-medieval durante el llamado Siglo de Oro. Nació como una sátira de la narrativa caballeresca (y de la sociedad que le había dado origen) de los siglos anteriores. El protagonista de este género literario es el pícaro, un personaje de bajo rango social, sin ética ni moral, que busca sobrevivir a cualquier costo. Su historia encierra una crítica a la sociedad que lo rodea y, en definitiva, lo condena. A la hora de escoger una referencia entre las Novelas Picarescas, los creadores del género no ocultaban su preferencia por «La pícara Justina», por sobre otros títulos más famosos como «Lazarillo de Tormes» o «La vida del Buscón».

Cómo es posible que dos estudiantes de Ingeniería estuvieran al tanto de esta información permanece como un gran interrogante. Lo más probable es que se haya tratado de alguna de las formas del error, ese acontecimiento tan indeseable como potencialmente enriquecedor.

Un análisis lineal podría llevarnos a pensar que estos alumnos deberían haberse inscripto en la Facultad de Letras y no en la de Ingeniería. El argumento se presenta sólido y racional, pero no contempla que la creación artística sigue a veces caminos misteriosos. O no tanto. Lo más probable es que un alumno de Letras jamás sepa (por fortuna para él) lo que es un Informe

Científico y, por lo tanto, resulta difícil que pueda plantearse una evolución conceptual del mismo.

Es casi seguro que el cansancio y el hastío de los alumnos a la hora de realizar los Informes Científicos fueron los cimientos sobre los cuales se edificó el Informe Picaresco. Sin embargo, estos argumentos se mostraban insuficientes a la hora de exponer y defender la nueva creación ante las autoridades académicas, momento que tarde o temprano llegaría. Se abocaron, entonces, a un mayor desarrollo conceptual que justificara el naciente género literario.

Es importante dejar constancia que los alumnos decidieron enfocarse en los Informes Científicos de la Facultad, realizados sobre experimentos cuyos resultados eran conocidos de antemano. A este caso lo llamaron ‘especial’ y pospusieron el caso que incluía a todos los demás Informes Científicos, al cual llamaron ‘general’.

Los Informes Científicos tradicionales de la Facultad, razonaron, se encontraban condenados a la extinción, por repetir resultados ya conocidos por todos. Y era entendible que así fuera. Por lo tanto, dedujeron, era necesario agregarles algún valor adicional y peculiar que les permitiera acogerse al mandato natural por excelencia: la supervivencia.

Luego de un extenuante trabajo creativo en la Costanera Sur rioplatense, alimentados casi exclusivamente a base de sándwiches de vacío preparados en cuestionables condiciones de higiene, los alumnos definieron las características fundamentales de un Informe Picaresco, inspiradas en los lineamientos generales de la Novela Picaresca:

Narrado en primera persona. El autor del experimento y del Informe Picaresco es el protagonista, quien asume el rol de pícaro (de ahora en más, el Informador Pícaro). Los personajes complementarios, en general cómplices del protagonista, pueden ser otros alumnos pícaros y/o, mejor aún, los mismísimos instrumentos utilizados en el experimento, como un tubo de ensayo, una pipeta o un vaso de agua. Obviamente, estos instrumentos son personificados y con ello dan un infinito campo de desarrollo a la imaginación del protagonista. Solo por dar un ejemplo, podría mencionarse que «la pipeta Julia, ni lenta ni perezosa, vertió su contenido sobre el temeroso preparado que aún permanecía anónimo».

Perfil del Informador Pícaro. Para realzar el impacto de la crítica y rendir un homenaje a su género madre —la Novela Picaresca—, es recomendable incluir información, real o no, sobre el protagonista. Se trata de dejar en claro su moral cuestionable o inexistente, su origen marginal y su carencia de esperanzas en un futuro mejor, para él y para todos. Un antihéroe que se contrapone al ideal de estudiante que obtiene un diez gracias a la realización de un informe tan correcto como vacío. Alguien que no teme decir la verdad porque, al fin y al cabo, no le importan las consecuencias. El Informador Pícaro no viene a salvar a sus lectores, sino a arrastrarlos al barro en el que ya se encuentra sumido.

La forma de escritura es la prosa. Con elementos tomados del Informe Científico, en particular a la hora de presentar los resultados. Y de la Crónica, ya que estamos hablando de la narración cronológica de un experimento.

Precisión. Más allá de la insoportable imaginación a la que se someta a los lectores, la exactitud y la claridad de los resultados del experimento son innegociables. No hacerlo sería convertir el Informe Picaresco en un cuento. Y no es que no lo sea, sino que también debe ser un Informe Científico. Pero fundamentalmente, estos resultados serán el refugio de plomo desde el cual se resistirán los inevitables embates de los representantes del orden establecido. Es muy importante tener en cuenta que de no ser correctos los resultados, el Informe Picaresco será reprobado. Es cierto que, de ser correctos, es muy probable que también. Pero la diferencia será

enorme: se habrá cometido una injusticia.

Crítica. Una vez asegurada la corrección de los resultados, el Informe Picaresco cuenta con campo abierto para dar rienda suelta a la impronta satírica. La ciencia, los profesores, las instituciones, la sociedad y hasta el sistema económico mundial son algunos de los blancos preferidos. La crítica no tiene por qué ser moralizante, así que puede alcanzar a todo y a todos, incluidos el mismo protagonista y sus cómplices. La ironía, la perspicacia, la irreverencia y, sobre todo, el humor inteligente son los recursos recomendados.

Determinismo. A pesar de los propósitos creativos, reformistas y hasta socialmente progresistas del Informador Pícaro, el final es siempre el mismo: la represión y el fracaso. Casi una profecía acerca del destino de los propios alumnos creadores del género.

Armados con el bagaje teórico suficiente, los dos estudiantes escribieron el primer Informe Picaresco de la historia, titulado «Pasión de diapasones». Narra el experimento conocido como «Resonancia entre dos diapasones», cuyo informe es presentado de a decenas cada cuatrimestre por los alumnos de la materia Física I (Cátedra del Doctor Carlos Muslera). Como nota al margen, un diapason es un instrumento en forma de horquilla que se utiliza para emitir sonidos (vibraciones) a una frecuencia conocida, muy popular a la hora afinar instrumentos.

El informe que realizaron contaba con unas sesenta y siete páginas, cuando el Informe Científico promedio resolvía la cuestión en tan solo ocho.

La obra estaba encabezada con una cita de Alejandro Dolina que encerraba una dedicatoria: *«La pregunta final (‘¿a cuánto deberá vender el kilo de arroz?’) resulta insignificante al lado de otros interrogantes que no están escritos, pero sí sabiamente sugeridos por el Profesor Frascarelli: ¿Tiene sentido la vida? ¿Hay algún propósito en el universo? ¿Cumplimos sin saberlo con algún plan divino o diabólico?»* (1).

La narración tenía como estructura general la secuencia tradicional del experimento, pero la trama iba mucho más lejos hasta convertirse en una historia de tintes caballerescos. En ella, los alumnos (es decir, el Informador Pícaro) se auto-incluían bajo la piel de un personaje llamado Ñu, un mero ladronzuelo de minucias, posición desde la cual desarrollaban la narrativa. A su vez, los diapasones adoptaban nombres y personalidades definidas, y se convertían en protagonistas de segundo orden. Uno de los diapasones se convertía en la hermosa Sharon, mientras que el otro adquiría la forma del incontenible Alejandro. Por supuesto, antes de comenzar con las aventuras propiamente dichas, Ñu presentaba su penoso pasado personal, su rol en la historia (por razones poco honrosas, se convertía en una especie de escudero de Alejandro) y su primera serie de críticas a los demás personajes, a la sociedad que lo rodeaba (con claras alusiones a la sociedad actual) y, por simple tradición, al color caballeresco de la propia historia. Terminadas las formalidades del género, la acción (y el experimento) por fin comenzaba. Sharon resultaba secuestrada por un desagradable dragón de piel mucosa, casualmente llamado como la Asistente de Trabajos Prácticos de la materia, y era llevada al corazón del Reino Unitario de Muslera. Allí era expuesta a las más terribles torturas, entre las que se destacaba la exposición a horas de incomprensibles demostraciones matemáticas del malvado pero instruido Rey Carlos, con el fin de forzarla a revelar los secretos mejor guardados de su propio Reino. Por supuesto, Alejandro decidía ir al rescate de su amada, lo cual le exigía superar una innumerable cantidad de obstáculos (el proceso del experimento, documentado en las planillas anexas). En el momento más crítico de la historia, uno de esos obstáculos parecía ser insalvable y ponía a Alejandro de rodillas, al punto de obligarlo a elegir entre abandonar a su amada o entregar su propia vida en

vano (el detalle de la escena, un mero paso del experimento, hacía una magistral alusión metafórica a la ‘crisis vocacional’ que sufren los estudiantes de Ingeniería cuando las ciencias duras los desbordan). Nuestro héroe, por supuesto, decidía entregar su propia vida y con ello, en verdad, la salvaba. El final, feliz para ellos, reunía a Alejandro y a Sharon en un amor eterno (una resonancia). Ñu, por el contrario, volvía a su vida de privaciones, luego de que —según su punto de vista— sus contribuciones no fueran lo suficientemente reconocidas.

Es posible que el valor artístico de la obra no haya sido del todo claro (o quizás lo fuera en exceso), ya que la Doctora en Física Ema Gasparini, Jefa de Trabajos Prácticos, resumió su apreciación del trabajo como «una falta de respeto, una insolencia, una broma de mal gusto». El tono furioso parecía confirmar la inexistencia de metáforas o mensajes entre líneas. Mientras se tomaba la cabeza con una mano y agitaba el informe con la otra, volvió a gritar que «nunca había visto algo así», comentario que los estudiantes recibieron con particular satisfacción, aunque trataron de minimizar lo que consideraban un halago desmedido con un «no es para tanto, no es para tanto».

Los alumnos expusieron a la Doctora una breve génesis del nuevo género literario y sus fundamentos teóricos, pero ella los miraba atónita. Consternada, se preguntaba en voz alta «si todo aquello era verídico» o, en cambio, se trataba de «una continuación del descaró». Cercada por los argumentos de los alumnos, decidió dar por cerrada la controversia ordenando a los alumnos «rehacer el informe a la manera tradicional», bajo amenaza de reprobar la materia o aplicar sanciones disciplinarias.

Tomando en consideración un criterio resultadista, es posible que los alumnos hayan cometido un error al no adjuntar un anexo que desarrollara el concepto de Informe Picaresco y diera contexto a la nueva creación. Sin embargo, los autores consideraban que «una obra debe imponerse por su propia fuerza». Y que, «como el humor, el arte no tiene que ser explicado».

Acorralados, los alumnos terminaron por ceder, traicionándose. Confeccionaron un informe gris, abandonaron sus ambiciones creativas y siguieron el camino que la obtención de títulos demandaba. Uno de ellos obtuvo con posterioridad una buena posición en Alemania. Del otro se perdió el rastro, aunque algunos lo describen «perdiendo el tiempo en el primero o segundo cordón del conurbano bonaerense».

Los hombres pasan, pero las buenas ideas siempre encuentran, tarde o temprano, un espíritu libre que insiste en sacarlas a la luz.

La fórmula del éxito

[El Doctor Ingeniero Armando Sanguinetti ingresa al aula donde dictará la primera clase de su ya clásico curso de Probabilidad y Estadística, en la Facultad de Ingeniería de la Universidad de Buenos Aires. Viste, por supuesto, una camisa a cuadros rojos y azules, jeans negros y zapatos demasiado gastados. Su figura ha sido dañada por años de sedentarismo y parece que su vista también, porque utiliza unos anteojos con gran aumento. Además, parece tener problemas con uno de sus ojos, ya que antes de comenzar a hablar debe acomodarse el párpado un par de veces (con su dedo anular, luego de salivarlo), ajuste que seguirá realizando durante toda la introducción y, más tarde, durante toda la clase. Luego del saludo general, comienza con la introducción.]

Me gusta comenzar este curso preguntando para qué sirven las matemáticas.

[Sanguinetti hace un paneo sobre la clase, invitando a los alumnos a responder. Algunos, con timidez, aportan algunas respuestas que le sirven de pie para continuar.]

Como pueden ver, la mayoría de las respuestas describen aplicaciones concretas, como construir un puente, lanzar un satélite o mantener la contabilidad de una empresa. O estudios de otras ciencias con base matemática, como la Física, la Electrónica o la Informática. Las respuestas son correctas desde un punto de vista técnico, pero a veces lo correcto es la mejor manera de ocultar la verdad.

La respuesta verdadera es mucho más simple: la matemática sirve para entender. Se trata de una herramienta que nos permite organizar conceptos, hacerlos interactuar, ver qué pasa con ellos y sacar conclusiones.

[Sanguinetti hace una pausa que permita a los alumnos digerir las ideas que acaba de verter.]

Veamos cómo esto aplica a la hora de pensar la famosa y por lo general esquiva «fórmula del éxito».

Cada día, legiones de personas equivocadas buscan el éxito, ese resultado tan efímero. Creen, erróneamente, que los llevará a la tan promocionada felicidad. Y lo hacen con tanto ahínco que resulta imposible sugerirles otros caminos.

La forma más eficiente e improbable de acertar consiste en no equivocarse. Una alternativa más humana es equivocarse poco y, sobre todo, rápido. La equivocación rápida ahorra valiosa energía y permite retomar pronto el camino del éxito.

En resumen, ya que somos incapaces de impedir que todas esas personas busquen el éxito, intentaremos ayudarlas a que lo encuentren rápido. Para ello, les proveeremos la «fórmula del éxito». Y cuando digo fórmula, me refiero a fórmula, no a palabreríos.

Comencemos por acordar el significado de la frase «fórmula del éxito». Entendemos por «fórmula» a la estructuración simbólica de factores que conducen a un resultado repetible. Y por «éxito» a la consecución de un objetivo preestablecido, asumiendo que el tiempo y la forma se encuentran subsumidos en él.

Para alcanzar el éxito solo es necesario desarrollar cuatro factores fundamentales: Capacidad, Esfuerzo, Creatividad y Coraje. Está claro que si maximizamos nuestras cantidades de ellos, mejoraremos la consecución de objetivos, mientras que si las minimizamos obtendremos poco y nada. Para que esto sea útil, es necesario encontrar no solo los factores que contribuyen al éxito (bien sabidos por muchos) sino también la combinación de los mismos, de

forma tal que logremos optimizar los resultados.

Lo primero que tenemos que saber es que existen dos factores, la Capacidad y el Esfuerzo, que contribuyen de manera lineal al resultado, mientras que los otros dos, la Creatividad y el Coraje, lo hacen exponencialmente.

[Sanguinetti va hacia un extremo del aula, toma un marcador negro y, dando la espalda, se dispone a escribir en la pizarra. Los alumnos aprovechan la pausa para intercambiar miradas de incredulidad.]

Supongamos la siguiente nomenclatura:

CA = Capacidad

ES = Esfuerzo

CR = Creatividad

CO = Coraje

EX = Éxito

exp = «exponencial», es decir, la función que multiplica un valor por sí mismo tantas veces como el exponente que lo acompaña.

Una posible fórmula que exprese esto podría verse de la siguiente manera:

$$EX = (CA+ES) \exp (CR+CO)$$

[Sanguinetti vuelve a mirar a la clase, aunque deja su mano señalando vagamente la «fórmula del éxito» a la que ha llegado. Luego, prosigue.]

Esta primera versión de la fórmula nos permite comprobar algunos fenómenos que siempre habíamos intuido, pero que ahora podemos apreciar formalizados con claridad.

La Capacidad y el Esfuerzo son importantes y necesarios, pero lineales, predecibles y acotados. La Creatividad y el Coraje son los que aportan vértigo al alcance de un objetivo.

Máximas Capacidad y Esfuerzo con nulas Creatividad y Coraje pueden llegar más lejos que nulas Capacidad y Esfuerzo con máximas Creatividad y Coraje. Aunque no muy lejos.

A niveles similares de todos ellos, tenemos varias situaciones posibles. Si esos niveles son bajos, la Capacidad y el Esfuerzo hacen la mayor contribución. Si esos niveles son altos, lo hacen la Creatividad y el Coraje. Obviamente, si los valores son medios, entonces los factores contribuyen al éxito de una manera más balanceada.

Las conclusiones que pueden sacarse de esta fórmula no se terminan aquí, pero creo que ya hemos entendido el mecanismo de funcionamiento, la parte más importante de un proceso de comprensión.

[Sanguinetti baja la mano y la deja en estado de reposo, adoptando una postura corporal mucho más relajada.]

En general, la Educación y el Trabajo hacen foco en desarrollar la Capacidad y el Esfuerzo, en detrimento relativo de la Creatividad y el Coraje. En el caso de la Educación, la mayoría de las materias y tareas tienen que ver con aumentar la Capacidad en diversas áreas técnicas, a base de Esfuerzo. Esto resulta, efectiva y positivamente, en una mejora de ambas. Si, embargo, si bien es posible encontrar ejercicios por medio de los cuales se busca ejercitar la Creatividad, no recuerdo ni uno donde el objetivo explícito fuera desarrollar el Coraje.

A su vez, intuyo que el Coraje es más importante que la Creatividad, ya que su presencia resulta indispensable para que esta última tenga algún tipo de valor. Si asumimos que la Creatividad consiste en concebir nuevos caminos, inexplorados y a veces riesgosos, el Coraje es el único motor que puede ponernos en marcha para recorrerlos.

Es por esto último que, en mi tiempo libre, estoy trabajando en un pequeño libro sobre

«Estrategias, técnicas y ejercicios para desarrollar el Coraje».

[Sanguinetti hace una pausa casi imperceptible, quizás para medir la reacción o el interés de sus alumnos. Luego gira hacia la pizarra, donde vuelve a apuntar el marcador negro.]

Por lo tanto, podríamos perfeccionar la fórmula de este modo:

$$EX = (CA+ES) \exp (CR \exp CO)$$

Un próximo paso posible en el desarrollo de la fórmula sería la definición de escalas para cada uno de los factores, criterios objetivos para su fijación y la incorporación de factores de ajuste para obtener un rango cómodo de resultados (por ejemplo, de 1 a 10).

De esa forma tan simple hemos arribado a la «fórmula del éxito». Ahora, gracias a la matemática, entendemos mejor. Pero no debemos engañarnos, las conclusiones solo resultan provechosas si nos conducen a nuevas preguntas.

[Con su lenguaje corporal inequívoco, Sanguinetti da por finalizada la introducción. Se escuchan unos pocos y tibios aplausos desde uno de los rincones del aula. Borra la pizarra, tras lo cual vuelve a mirar a los alumnos. Se pregunta, retóricamente, qué es la probabilidad y comienza a hablar sobre el tema.]